

CRIATURAS DEL SOL

RELATOS PARA ABRIR LOS OJOS AL MUNDO



ANTOLOGÍA DE CUENTO PARA NIÑAS Y NIÑOS

PREMIOS ESTATALES DE LITERATURA DE BAJA CALIFORNIA, 1990-2024

LILIANA LANZ VALLEJO
(ANTOLOGADORA)



SECRETARÍA DE CULTURA • INSTITUTO DE SERVICIOS CULTURALES DE BAJA CALIFORNIA

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Marina del Pilar Avila Olmeda

GOBERNADORA CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA

Alma Delia Ábrego Ceballos

SECRETARIA DE CULTURA Y DIRECTORA GENERAL
DEL INSTITUTO DE SERVICIOS CULTURALES DE BAJA CALIFORNIA

Ava Isabel Ordorica Canales

SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

Francisco Javier Fernández Acévez

DIRECTOR EDITORIAL Y DE FOMENTO A LA LECTURA

CRIATURAS DEL SOL

RELATOS PARA ABRIR LOS OJOS AL MUNDO



ANTOLOGÍA DE CUENTO PARA NIÑAS Y NIÑOS

PREMIOS ESTATALES DE LITERATURA DE BAJA CALIFORNIA, 1990-2024

LILIANA LANZ VALLEJO

(ANTOLOGADORA)

Criaturas del Sol. Relatos para abrir los ojos al mundo.

D.R. © 2025 Liliana Lanz Vallejo

D.R. © 2025 Juan Carlos Rea

D.R. © 2025 David Monay Quirarte

D.R. © 2025 Juana Ríos Aizú

D.R. © 2025 Elba Cortez Villapudua

D.R. © 2025 Esmeralda Ceballos

D.R. © 2025 Julio César Pérez Cruz

D.R. © 2025 Francisco Javier Bonilla Vázquez

D.R. © 2025 Juan Antonio Di Bella

D.R. © 2025 Alfredo Ortega Trillo

D.R. © 2025 Secretaría de Cultura e Instituto de Servicios Culturales de Baja California. Av. Álvaro Obregón #1209, colonia Nueva, Mexicali, Baja California, C.P. 21100

Primera edición, 2025

ISBN: En trámite.

Coordinación editorial: Elma Aurea Correa Neri

Diseño y maquetación de interiores y cubiertas: Rosa Espinoza

Ilustraciones de portada e interiores: Juan Gedovius

Queda prohibida, sin la autorización expresa del autor y editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, comprendida la reprografía y tratamiento tipográfico.

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa deberá ser denunciado y sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante autoridad competente.

CRIATURAS DEL SOL

RELATOS PARA ABRIR LOS OJOS AL MUNDO



ANTOLOGÍA DE CUENTO PARA NIÑAS Y NIÑOS

PREMIOS ESTATALES DE LITERATURA DE BAJA CALIFORNIA, 1990-2024



**BAJA
CALIFORNIA**
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Servicios Culturales
de Baja California

Prólogo

LILIANA LANZ VALLEJO

Existe un lugar donde lo mítico, lo onírico y lo cotidiano se entrecruzan. Donde los pueblos originarios evocan historias milenarias; donde el desierto no es solo paisaje, sino memoria; donde los niños y niñas miran al cielo, al mar y al viento que rebota en las montañas y sueñan universos posibles solo en la imaginación. En Baja California, los cuentos transcurren entre carreteras, valles, ciudades y fronteras, y llevan consigo las voces de quienes se atreven a imaginar.

Desde 1990, el Premio Estatal de Literatura ha reconocido a escritores y escritoras que inventan mundos desde este rincón del norte. Y entre todas sus categorías, el cuento infantil es una de las más entrañables, porque reconoce que los pequeños lectores merecen disfrutar grandes historias.

Esta antología reúne diez cuentos escogidos de las catorce obras que han obtenido el premio en los últimos treinta y cuatro años. Algunos de ellos son protagonizados por niños cucapah y taínos, como “El tesoro de Churomo” (1990) y “Caonabí” (1994); otros hacen reír con moralejas como “El flojo y los cacahuates” (2000) y “El ratón canguro y el mundo que se hunde” (2012), este último inspirado en un relato kiliwa. Otros nos acompañan a enfrentar el miedo o a seguir los sueños, como “Terror en la oscuridad” (2004), “El perseguido de sueños” (2008) y “Un sueño” (2010). En los cuentos más recientes, en cambio, la imaginación se convierte en el principal vehículo de descubrimientos insólitos, como en “Aventuras en la mina de la muerte” (2020) y “El último mamut” (2024).

Los cuentos reunidos en esta antología, a pesar de haber sido escritos con muchos años de diferencia, comparten rasgos en común: más de la mitad hacen referencia directa o indirecta a comunidades originarias de Baja California —ya sean paipai, kiliwa, cucapah, kumiai— o se apoyan en mitos y leyendas que explican el presente. Otros tantos aluden a animales raramente encontrados en la literatura infantil tradicional, como el coyote, la tortuga caguama y el mamut.

Sin embargo, también es posible identificar características particulares dependiendo de la década en que fueron escritos. Por ejemplo, en la década de los noventa, los cuentos ganadores del Premio

Estatal solían tener un tono moralizante claro: decir la verdad, respetar la naturaleza, reconocer al otro. Era común, por ejemplo, que algunos cuentos concluyeran con algún tipo de moraleja, acercándose en ocasiones al género de la fábula. Otros, en cambio, se esforzaban por utilizar palabras poco conocidas con el objetivo de que niños y niñas ampliaran su vocabulario. Para ello marcaban con negritas las palabras de interés y reunían sus significados en un glosario al final del libro. Si bien algunos de esos cuentos no fueron incluidos en esta antología, son evidencia del estilo didáctico y de las ideas que esos autores tenían frente a lo que consideraban que debía ser la literatura infantil.

Los cuentos de la primera década del siglo XXI, por su parte, tendieron a enfocarse en temas oníricos, fantásticos o terroríficos. “Terror en la oscuridad”, de Elba Cortez Villapudua, y “El perseguidor de sueños”, de Esmeralda Ceballos, son ejemplo de ello. En estos relatos, sus protagonistas subliman sus preocupaciones e inseguridades mediante los sueños y se convierten en héroes de sus propias circunstancias casi por accidente.

Con el paso de los años y el cambio de los contextos sociales, los cuentos de la segunda década del siglo XXI abordan temas que se sienten cercanos —aunque no por ello más verosímiles— por sus referencias a la cultura popular y a la vida en la frontera. Algunos autores incorporan palabras del inglés, diálogos realistas y escenarios cotidianos de la vida en la escuela y el barrio. Si en la década anterior, los cuentos recurrían a la fantasía y a los sueños, en esta destaca la ciencia ficción, en particular entre autores como Juan Antonio Di Bella y Julio César Pérez Cruz, quienes introducen aventuras con naves espaciales, seres extraterrestres y hasta *cyborgs*.

Así, en esta antología se traza una cartografía literaria de este estado del norte: un mapa imaginario de voces, genealogías, paisajes, inquietudes. Leerla es recorrer la historia de nuestra imaginación colectiva. Es descubrir cómo han cambiado los temas y los tonos con el paso de los años, pero también cómo la creencia de que las palabras pueden transformar la realidad permanece.

En su conjunto, estos relatos reflejan una manera particular de mirar la infancia desde Baja California: como un espacio en el que la imaginación es la primera forma de resistencia a las tensiones que trae consigo la frontera. La ensueñación bien puede ser la segunda. Quizás por eso los niños y niñas de estos cuentos pescan carabelas, desenterrran mamuts, excavan túneles, se adentran en clósets y rescatan sueños. Todos ellos comparten una misma pulsión: explorar lo desconocido, vencer la incertidumbre y volver con una historia que contar. Estos cuentos son así la oportunidad de nombrar lo que duele, de imaginar lo que falta y de volver a empezar desde ahí. En una tierra donde el paisaje y la frontera suelen dictar los límites, la literatura infantil se atreve a rebasarlos y trastocar, con ese temerario gesto, los confines de lo posible.



Caonabí

JUAN CARLOS REA

Un presentimiento inexplicable molestaba a Caonabí. Era, según el calendario actual, el 11 de octubre de 1492 y por primera vez, en sus nueve años de vida, su padre no lo llevaba a pescar. Salieron de Xaragua cuando la luna y las estrellas aún brillaban en el cielo del Caribe. La brisa marina humedecía su pelo negro y lacio, mientras la canoa bailaba sorteando con agilidad las olas de un mar verde y en calma. Tal vez eso lo sobresaltó; como buen isleño, sabía que tras esa calma, muchas veces el mar guarda su furia.

Llegaron sin contratiempos a Guanahani y fueron directamente a la laguna, situada en medio de la isla. Pescaron todo el día con tanta fortuna que Caonabí pudo obsequiar pequeños pescados a las gaviotas glotonas que merodeaban por el lugar.

Ya con la noche encima, el pequeño nativo pidió permiso a su padre para explorar la isla, mismo que le fue concedido. En realidad lo de la exploración era un pretexto para estar solo con sus pensamientos, para explicarse la rara tristeza que lo invadía. Caminó varias horas de prisa y sin cansancio, siempre mirando al mar. En un lugar de la isla en que la playa era particularmente hermosa detuvo su marcha, recostó su cuerpo en la arena y se quedó dormido. Sus sueños fueron perturbadores. Miró bajar del cielo monstruosos animales de ojos verdes y fauces enrojecidas, que hablaban un lenguaje desconocido, suave y atrayente, y lo llamaban sin que él pudiera hacer nada para evitar ir. Se acercó a uno de ellos, de un pelo de fuego que circundaba su rostro pálido como la sal. El monstruo extendió su brazo, depositando un objeto en su mano y arrancando con violencia el dije amarillo que pendía de la nariz de Caonabí. Luego apuntó su brazo al cielo y un ruido espantoso, rodeado de humo y llamas, retumbó en Guanahani.

En esta parte del sueño el niño abrió los ojos. Amanecía el 12 de octubre. Su mirada subió lentamente de la playa al horizonte y se quedó fija, sorprendida. Allá donde el mar termina y se confunde el cielo con el agua en una curva verde-azul, tres montañas de madera se bamboleaban amenazadoras mientras que monstruos como los de su sueño gritaban y bailoteaban furiosos. Observó con creciente terror cómo de uno de los montes flotantes se desprendió una canoa y avanzó hacia él. Quiso huir, pero

su cuerpo estaba clavado en la arena. Ya estaban ahí, como en su sueño, como los sueños de los abuelos; le sonreían amistosos y lo tocaban. Caonabí sentía las manos de ellos sobre su piel y se estremecía; no lo quemaban, no lo herían... eran iguales a él. Un súbito terror se apoderó de sus sentidos y él corrió adentro llamando a su padre, mientras un trueno retumbaba a sus espaldas anunciando los tiempos nuevos para su tierra y su gente... La conquista había comenzado.

El tesoro de Churomo

DAVID MONAY QUIRARTE

Con las ganas que tengo de volver, pero en estas vacaciones tampoco pudimos ir.

Allí vivimos casi un año. Mi papá trabajó como contador de la cooperativa pesquera del lugar.

Tal vez a él le fue mal, el caso es que pone muchos pretextos para no llevarnos.

—El carro no sirve.

—Está muy lejos de Mexicali.

—El camino sólo está pavimentado hasta San Felipe y de allí todavía faltan treinta kilómetros para llegar a Percebú.

—Que la gasolina está muy cara.

—Que la carecía...

La verdad es que no hemos podido regresar a este lugar donde el sol, el mar, la tierra y los amigos me enseñaron a querer más a la naturaleza.

A esperar hasta las próximas vacaciones para ver sí se puede.

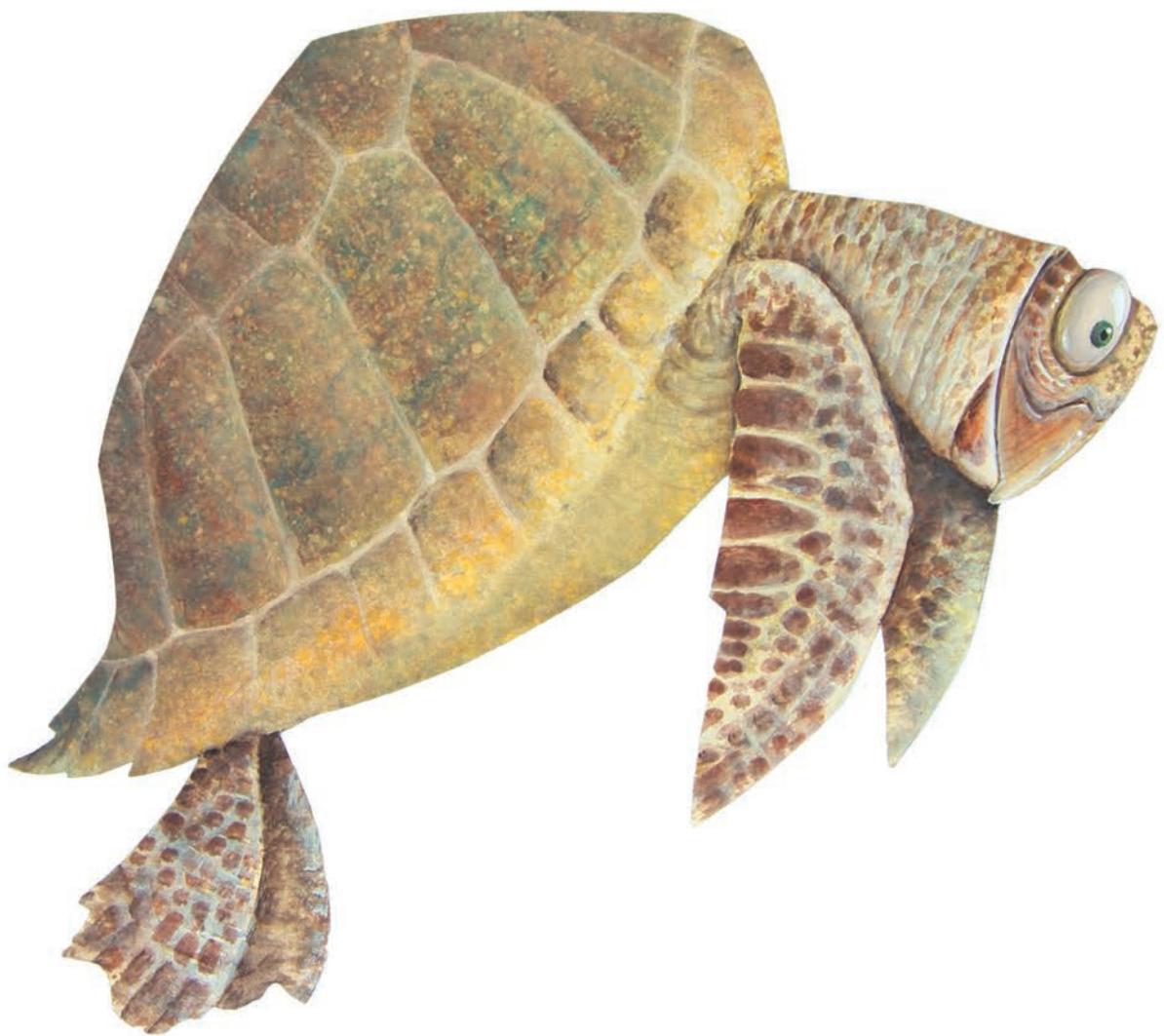
Percebú es un pequeño rancho de pescadores a la orilla del Mar de Cortés o Golfo de California. Muy visitado por turistas, sobre todo norteamericanos, algunos se han quedado a vivir allí.

Sólo tiene una calle que casi no es calle y sus pocas casas, sin acomodo, me recuerdan piedritas lanzadas para el juego de la matatena.

También están las oficinas de la cooperativa pesquera, el galerón de la congeladora, y mi querida escuelita, que está en la parte más retirada de la playa, sobre una colina arenosa.

En esa escuela cursé el tercer año de primaria; allí conocía a casi todos los muchachos de Percebú; no eran muchos, mi grupo lo formábamos solamente diez alumnos.

Conocí también a Churomo, el muchacho más grande, no sólo del salón, de toda la escuela.



Él no había podido estudiar, porque antes en Percebú no había escuela, y sus papás no tenían manera de mandarlo a San Felipe, como lo hacían la mayoría de los muchachos de aquí.

Churomo, le decíamos de cariño, en realidad se llama Jesús Jerónimo; es indio cucapah, ayuda por las tardes a su familia a limpiar pescado; los sábados, los domingos y los demás días que no asiste a la escuela, acompaña a su papá a pescar.

Por estos tiempos debe estar, como yo, en quinto año, esto si siguió estudiando, si no, es casi seguro que ya sea pescador de tiempo completo como su papá y como sus tíos.

Donde se encuentre, estoy seguro que Churomo, es un muchacho de bien.

Era serio, aunque alegre, de esa alegría que no hace mucho ruido; nos escuchaba a todos, escuchaba con mucho respeto al profesor. Yo creo que aprendió a escuchar porque siempre le han susurrado muy cerca el mar y sus olas que lo acompañan desde que nació.

Como era el más grande, lo nombramos jefe de grupo. Nos ayudaba en todo y a todos; él era el encargado de formar los equipos de beisbol.

Cierto día, a la hora del recreo, le pidió permiso al profesor para ir a su casa, tuvimos que jugar sin él.

Pero al siguiente día, y varios más, sucedió lo mismo.

Churomo estaba cambiando, ya no quería jugar con nosotros, ya no era tan cumplido como antes; la tarea la presentaba incompleta. Varias veces le llamaron la atención y eso a nosotros nos parecía una profanación, además de aprecio, le teníamos respeto, casi tanto como al profesor.

El colmo fue cuando no sólo se le negó el permiso para ir a su casa, el maestro lo dejó sin recreo, debería terminar el cuestionario que nos había dejado de tarea.

Ese día, los alumnos de los otros grupos se quedaron con las ganas de vengar sus derrotas, los del tercero no nos presentamos al juego, nos quedamos rumiando la tristeza bajo la enramada que está cerca del salón; por fin las muchachas decidieron irse a saltar la cuerda y cuando estábamos solamente los hombres, vimos con sorpresa que Churomo brincaba la ventana que da hacia la parte de atrás de la escuela.

Corrió por la arena, entre los arbustos, nosotros decidimos seguirlo sin que él se diera cuenta. Al poco rato llegó hasta donde estaba un círculo de piedras con una salida en dirección del mar; claramente se notaba que habían sido colocadas por alguien, tal vez por él.

Acomodó algunas piedras, trajo más, y con sumo cuidado borró sus huellas con una rama de “gobernadora”.

¿Qué es lo que esconde allí?

¿Qué es lo que cuida con tanto esmero?

Mis compañeros me dieron “pamba” porque les dije que seguramente era un adoratorio de los antepasados de Churomo y que él se encargaba de cuidarlo.

Estoy seguro que ese día ninguno de los cinco, bueno, seis, incluyendo a Choromo se concentró en los trabajos de las clases posteriores al recreo.

A la salida, al terminar las labores, Churomo pegó carrera, nosotros ya sabíamos a donde...

Nos quedamos un rato serios y después hicimos un plan para salir de dudas, ¡Esa misma tarde conoceríamos el secreto de Churomo! Lugar de reunión: los patios de la cooperativa donde labora Churomo.

Motivo: estar seguros de que estaba trabajando, y así, sin él, maniobrar libremente en su “adoratorio de piedras”.

Solamente nos reunimos tres, Oscar y Oswaldo nunca llegaron, por lo que Pepe, Dagoberto y yo, después de esperarlos buen rato, nos fuimos antes de que saliera Churomo de su trabajo.

Empezábamos a desparramar piedras y a escarbar en la arena, cuando oímos su voz que, entre desesperación y enojo, nos pedía que por favor dejáramos de hacer eso. Pepe y yo emprendimos la huida a toda cámara, al voltear vi que el gigantón de Churomo tenía agarrado del brazo a Dagoberto que luchaba por zafarse.

Al día siguiente, ya estábamos dentro del salón de clases cuando vimos entrar a Dagoberto con un parche en la frente.

Al preguntarle el maestro sobre lo que le había pasado, Dagoberto recorrió con la mirada el salón, la detuvo precisamente donde estaba Churomo y bajó la vista; Pepe y yo arrebatándonos la palabra le dijimos al profesor que Churomo lo había golpeado.

Con el coraje reflejado en el rostro y ante el silencio de todo el grupo, el maestro se dirigió al lugar donde estaba sentado Churomo y lo levantó de la camisa, preguntándole a la vez si era verdad lo que habíamos dicho.

Hasta entonces Dagoberto aclaró que él se había caído sobre unas piedras cuando lo seguía Churomo.

Nuevamente el maestro le pregunta por qué huía Dagoberto de él. Y de nuevo, nosotros, en forma desordenada, le dijimos que Churomo se había enojado porque le habíamos descubierto “su tesoro”, dijo Pepe, “su adoratorio indio”, dije yo.

El grupo seguía guardando un absoluto y triste silencio, presenciábamos la caída del ídolo, se acusaba al alumno más querido de la clase. El maestro condujo a Churomo al frente del salón, nosotros, Pepe y yo, que para entonces nos creíamos los héroes, los seguimos, hasta que la voz de trueno del profesor, que nos ordenaba que nos sentáramos en nuestros respectivos lugares, nos hizo volver a la realidad.

El profesor soltó a Churomo y ya con voz más calmada le pidió una explicación, éste respiró profundamente y guardó silencio.

¡Jerónimo!, el maestro pronunció su nombre con acento que, más que enojo, denotaba súplica, tú siempre has sido un excelente alumno; habíamos visto, los demás profesores y yo, que, con tu conducta y aplicación, eras ejemplo para tus compañeros...

Hizo una pausa, iba a continuar cuando vio que Churomo levantó la vista; el maestro casi con reverencia le cede la palabra.

—Mi abuelo, empezó diciendo con voz tranquila, pero con acento triste, mi abuelo me cuenta que, en esta parte del mar, donde el Golfo de California forma la Laguna de Percebú, había muchas tortugas de la variedad caguama. Animales que servían de alimento a mi pueblo, por eso las cuidaban con esmero. Poco a poco fueron llegando gentes extrañas a buscar su carne y sus huevos; los turistas, sobre todo los americanos pagan bien por ellos. También los animales domésticos que trajo el hombre, como perros y los puercos, remueven la arena en busca de huevos. Últimamente vienen gentes con motocicletas, dizque a divertirse, y han aplastado nidadas enteras; todo junto ha ocasionado que casi se extingan las caguamas.

Hace varias noches, yo paseaba por la playa cuando presencié el maravilloso espectáculo que sólo en palabras del abuelo conocía. Vi a una tortuga que salía del mar y caminó lentamente por la arena hasta llegar a un montículo; con su aleta escarbó tanto como le fue posible y allí depositó sus huevos; después los tapó y regresó nuevamente al mar.

Temiendo que esos huevos corrieran la mala suerte de ser hallados por algún animal o por personas, decidí convertirme en vigilante del nido. Para su protección y para saber dónde se localizaba, le coloqué piedras alrededor; también les fabriqué camino para que las tortuguitas, al nacer, se fueran directas al mar antes de que las encuentren, ya sea el hombre o los animales.

Por eso me convertí en su vigilante casi permanente. Me hice la promesa de cuidar de ellas, era mi responsabilidad

¡Era mi responsabilidad! Siguieron resonando estas últimas palabras de Churomo en el salón. ¡Es nuestra responsabilidad!, nos grita una voz interior.

Todos estábamos agachados viendo el escritorio del pupitre, por acá, detrás de mí, se oyó un leve llanto, era de Anaíd, nuestra compañera más pequeña del grupo.



El flojo y los cacahuates

JUANA RÍOS AIZÚ

Gabino era un hombre muy flojo. Un grandulón que desperdiciaba su fuerza y juventud en lanzar suspiros y soñar.

Vecino de un alegre pueblecito sinaloense, bañado por un pulcro río, se pasaba las horas con los pies metidos en el agua mientras pretendía pescar; aunque jamás pescaba nada, pues difícilmente se acordaba de revisar la caña.

Aquel era un pueblo de agricultores. Y al acercarse la temporada de la siembra, todo mundo, excepto Gabino, trabajaba en los campos.

Cada mañana, Gabino permanecía hasta muy tarde en la cama y solo se levantaba al mediodía a comer con toda la tranquilidad del mundo. Después pasaba el resto de la tarde en el río o a la fresca sombra de un guamúchil.

Su esposa, Micaela —que así era su nombre—, era una mujer sencilla y trabajadora, aunque algo tímida, porque jamás discutía con Gabino como hacen muchas mujeres con sus esposos. Ella prefería llevar la fiesta en paz.

Cierto día, cuando la gente del pueblo casi había terminado de sembrar, Micaela comentó a la hora de la comida, un poco titubeante:

—No olvides decirme cuándo deseas que te ayude a sembrar los campos —pero no se atrevió a decir nada más.

—No hay prisa —dijo el hombre, quitado de la pena—. Tenemos tiempo de sobra todavía.

Pero pasaban los días y pasaba la gente, iban por el camino agitando sus sombreros, preguntando a Gabino cuándo empezaría a cultivar su tierra.

Entonces, el hombretón decidió que era hora de poner en práctica el plan que había concebido durante las largas horas perdidas en el río.

—Hoy limpiaré de malas hierbas la tierra y mañana sembraré cacahuates —dijo a su esposa a la mañana siguiente, mostrando gran entusiasmo—. Ve al mercado y compra un buen saco de cacahuates. Después los pones a tostar, los salas y los tienes listos para que los pueda sembrar mañana.

—Pero, Gabino —objetó la mujer—, ¿quién ha oído hablar de que se siembren cacahuates tostados y salados?

—No me contradigas, mujer. Sé muy bien lo que estoy haciendo. Entiende que si plantamos los cacahuates preparados de esa manera, cuando los cosechemos estarán listos para comerse.

—¡Qué inteligente eres! —dijo la esposa, no muy convencida, pero deseando creer en su marido.

Y se fue al mercado, mientras Gabino se iba lejos, donde nadie pudiera verlo, a echarse una buena siesta.

Esa noche volvió el hombre a su casa y contó a su mujer todo lo que se había esforzado en la jornada, trabajando la tierra. Ella tostaba los cacahuates.

Más tarde, se refrescó en el arroyo y se puso a dormir, roncando a pierna suelta hasta el atardecer. Cuando llegó a su casa, lo hizo precipitadamente, llamando a su esposa:

—¿Todavía no está lista la cena? —gritó enojado—. Trabaja uno todo el día en el campo y tú, que no tienes nada que hacer más que la comida, todavía no la tienes preparada.

Olvidaba mencionar el laborioso Gabino que su mujer, como todas las del poblado, había dedicado gran parte de la jornada a conseguir el agua para el uso de la casa, lavar la ropa, alimentar a las gallinas y a los puercos, cuidar de la hortaliza que les proporcionaba verduras frescas...

—Ahora mismo te sirvo —dijo ella, comedida, mientras le ponía en la mesa un sabroso caldo de gallina con garbanzos, ejotes y quelites—. Aquí están las tortillas recién hechecitas y gorditas, como a ti te gustan. Ahorita muelo frijoles.

Y la mujer aguardó pacientemente a que su esposo terminara su cena, volviendo a llenar el plato hasta que aquel estuvo satisfecho.

Todos los días era lo mismo. Él se despedía de ella por la mañana y fingía ir a los campos. Pero en lugar de regar y desyerbar, buscaba su fresco rinconcito... y a dormir.

Al caer la tarde, regresaba a su casa, sin olvidarse de ensuciar sus ropas con tierra, para seguir el engaño.

Y el tiempo pasó. Y uno por uno, los demás campesinos comenzaron a llevar sus cosechas a los mercados, pero Gabino no llevaba nada.

Su mujer, con toda prudencia para no sublevar al susceptible esposo, le dijo una noche:

—Ya todo mundo está cosechando. Me muero de ganas de salir a recoger nuestros cacahuates.

—Nuestra siembra crece más lenta que las otras; hay que esperar un poco —dijo él, evasivo.

Finalmente, Micaela cambió de táctica y sugirió:

—Mañana iré al campo contigo y yo te ayudaré a cosechar.

—¡Olvídate de eso! —estalló Gabino—. No quiero que trabajes en el campo y que luego anden diciendo que soy un flojo que pone a trabajar a su mujer. Ten paciencia, yo mismo cosecharé los cacahuates.

Ahora sí que estaba en apuros el bribón. ¿Cómo podría traer a casa algo que nunca había sembrado? Y entonces encontró la solución, la única: tendría que robar.

Aquella noche, mientras su mujer dormía, salió sigilosamente rumbo a la parcela más grande, la del jefe del poblado, que aún tenía hilera tras hilera de buenos cacahuates sin cosechar. Pecho a tierra y sin hacer ruido, llenó su costal arrastrándose por los surcos. Luego escondió el botín en un árbol y regresó a su casa.

A la mañana siguiente, anunció a su esposa, muy animoso:

—Hoy iré a cosechar nuestros primeros cacahuates. Me gustaría tener una buena cena para cuando regrese.

—¡Claro que sí! —Exclamó Micaela y el rostro se le iluminó, sin saber que Gabino iba directamente al árbol donde había escondido el costal y que ahí se echaría a dormir. La mujer se afanó durante el día a fin de tener todo dispuesto. Hasta degolló unos conejos, cosa que detestaba, pero sabía que a su esposo le gustaría un guiso de aquella carne.

La cena estuvo lista y al poco rato llegó Gabino, quejándose de cansancio y contando detalladamente cuán duro había trabajado bajo el sol.

Muy contenta, Micaela examinó el contenido del costal y, pelando un cacahuate, se lo puso en la boca. Entonces su cara cambió de expresión y, conteniendo su disgusto, dijo:

—Oye, estos son cacahuates comunes y corrientes. ¿No dijiste que saldrían salados y tostados?

—Qué tontería —replicó el hombre—. ¿Cómo podría haber dicho tal cosa? La razón por la que salamos los cacahuates fue para mantener alejadas a las hormigas y que no se los comieran. Solo a alguien muy tonto se le puede ocurrir tal cosa.

La mujer guardó silencio, humillada, pero sus pensamientos no estaban de parte de Gabino. Esa noche y las noches que siguieron, volvió el ladrón a llenar su costal en la parcela. Pero uno de los peones del jefe se dio cuenta de que alguien estaba sacando la siembra por las noches, y se propuso capturar al culpable.

Disfrazado de espantapájaros, esperó pacientemente durante la noche, pues no había lugar donde esconderse en un campo de cacahuates y con luna llena. No tardó en aparecer Gabino. Sigilosamente,

se puso a engordar su costal, sin darse cuenta de la presencia del peón que, en cuanto lo tuvo cerca, le cayó a palos gritando:

—¡Así te quería agarrar, ladrón sinvergüenza!

Fue tal el susto que se llevó Gabino con el horrible espantapájaros, que desde esa noche perdió el color y le agarró un castañeteo de dientes que le convirtió en el hazmerreír del pueblo.

Quien más se indignó fue Micaela, pues de golpe comprendió toda la burla de su marido y cómo siempre la había tratado como a una tonta. Venciendo su timidez, se propuso salvar la situación, y resulta que, de ahí en adelante, las cosas marcharan de otra manera.

Devolvió los cacahuetes para salvar a Gabino del castigo y obligó a este a trabajar duramente, como el flojo jamás había imaginado.

Con el tiempo, Micaela llegó a ser una doña próspera y feliz, madre de cuatro hijos fuertes y trabajadores. Y nunca más tuvo miedo de decir lo que pensaba.

¿Y el flojo Gabino? Por ahí sigue, con su temblorina y su susto. Alguna vez se le puede ver a la orilla del río... cuando no lo tiene trabajando su mujer.

Terror en la oscuridad

ELBA CORTEZ VILLAPUDUA

1

EL MIEDO A LA OSCURIDAD

Dime tú si no has sentido miedo, por lo menos una vez, a la oscuridad.

Cuando no hay nada de luz, el corazón tamborilea veloz y una torrencial lluvia de imágenes espeluznantes inundan nuestra cabeza; versiones aterradoras de todas esas historias y películas de horror que a la luz del sol, o por lo menos de una lámpara, no nos daban tanto miedo.

Luis era uno de esos niños que le temía a la oscuridad, y aunque ahora duerme tranquilo con la luz apagada, no siempre fue así.

Hace un tiempo, para dormirse necesitaba tener una lámpara encendida, si no, le entraban unos escalofríos feos, feos y unas ganas de hacer pipí, hasta que ya no aguantaba más y pues... ¡se hacía! Quedaba todo mojado, la pijama empapada y el colchón como alberca. Por mucho tiempo sus papás lo regañaron, hasta que, cansados de que de nada sirvieran las reprimendas y sermones, decidieron dejarlo dormir con la luz encendida.

Y así hubiera podido durar toda la vida. Pudiera haber llegado a graduarse de la universidad y dormir aún con la luz encendida, tener un trabajo de gente mayor, pero dormir toda la noche con el cuarto iluminado.

Pudiera, incluso, haberse casado y, a pesar de todo, continuar con su costumbre de tener la lámpara del cuarto siempre prendida por las noches.

Y si las cosas hubieran seguido igual, es probable que sus hijos y los hijos de sus hijos hubieran heredado ese miedo a la oscuridad, así que, de seguro, también habrían querido dormir con la luz encendida.



Y quizá todo esto hubiera acarreado que las ciudades del futuro estuvieran siempre iluminadas, sin que nadie conociera la noche; sin saber lo bonito que se ven las estrellas cuando no hay nada de luz.

Ése podría haber sido el terrible futuro del mundo, pero todo cambió en unas vacaciones, cuando los papás de Luis salieron por unos días de la ciudad, y su tía, que no era exactamente una tía muy consentidora, llegó para cuidarlo.

2

INTENTANDO DORMIR A OSCURAS

Cuando llegó la hora de dormirse, la tía apagó la luz de la habitación, pero aún no terminaba de cerrar la puerta cuando Luis ya la había prendido de nueva cuenta.

— ¡Que me hago! Me hago! —le decía tratando de convencerla.

Y aunque le suplicó y suplicó y le habló de los monstruos que viven debajo de las camas y de los fantasmas que se aparecen en la noche, y hasta se hizo un poquito de pipí y tuvieron que cambiar las sábanas y piyamas, la tía no lo consintió, le apagó la luz y dejó el cuarto iluminado sólo con la tenue luz de luna que se colaba por la ventana.

Luis cerró los ojos fuertemente, tratando de no mirar las sombras que entre la penumbra se alcanzaban a distinguir, y se aferró con fuerza a su cobija.

De nada sirvió, las horribles imágenes no se hicieron esperar, y empezaron su terrible cabalgata en la imaginación, pero Luis, haciendo un esfuerzo, intentó dejarlas pasar, no deteniéndose a pensar en ellas. Así que, después de un rato, sin darse cuenta cómo, empezó a quedarse dormido. Fue justo en ese momento cuando sintió unas leves cosquillitas en su nariz.

Primero se dio un manazo en plena cara, pensando que era un mosquito que trataba de cenar temprano, pero luego las cosquillas se hicieron tan fuertes, que no tuvo más remedio que abrir los ojos.

Y lo que vio fue la cosa más extraña y horrible que había presenciado en su vida.

3

EL EXTRAÑO Y VERDE VISITANTE

Al borde de la cama de Luis, un pequeño ser encorvado, con una cara verde que se asomaba entre una melena desgreñada, estaba haciéndole cosquillas con sus largos y esqueléticos dedos. Lo miraba fijamente, mientras su sonrisa dejaba entrever unos amontonados dientes amarillentos.

Luis intentó gritar, pero el ser de la cara verde tronó sus dedos y su voz se le esfumó.

El extraño ser brincaba sobre la cama haciendo muecas, intentando, sin palabras ni sonidos, decirle algo al niño.

Cuando, a pesar de su miedo, Luis recuperó un poco la calma, el ser de la cara verde tronó sus dedos nuevamente y su voz brotó de la garganta a borbotones.

—Cruz, cruz, que se vaya el diablo y que venga...

—¡Shhhhhh...! Cállate, chico —le contestó el pequeño monstruo con acento un tanto costeño. Y de nueva cuenta tronó sus dedos para silenciarlo—. Alguien muy especial me pidió que viniera a visitarte.

—¿Quién eres? —fueron las palabras que regurgitó la garganta de Luis al nuevo —chasquido de los verdosos dedos cadavéricos.

—Obsérvame bien y lo descubrirás —dijo el extraño ser, desfilando entre el fulgor de la luna que se filtraba por la ventana—. Te voy a dar una pista: la primera parte de mi nombre es *Cara*.

—¿Cara...? ¿Cara de aguacate? ¿Cara de pepino? ¿Cara de espinaca? —intentó adivinar Luis, algo confundido.

—¡No! —gritó el monstruo, y los perros del barrio empezaron a ladrar enloquecidos.

El extraño ser se puso un poco nervioso, se asomó por la ventana como buscando algo o a alguien, y al tronar sus verdes dedos, misteriosamente, los perros guardaron un absoluto silencio.

Con mirada triunfante se dirigió de nuevo a Luis.

—A ver, chico, ¿qué cosa tenían en común los nombres que dijiste?

—Eran verduras? —dijo Luis tímidamente—. ¡Ya sé! Cara de verduras.

—Pa' su mecha —respondió desesperado el misterioso visitante—, estás más perjudicado de lo que pensaba...

—¿Cara de frutas? —dijo Luis, queriendo mejorar la situación.

—¿Qué color tenían todas esas cosas que nombraste? —preguntó el pequeño ser, haciendo esfuerzos por guardar la calma.

—¿Verde? —preguntó tímidamente Luis—. ¿Cara... verde?

—¡Qué inteligente! —contestó en tono de burla. Y dando una serie de saltos y cabriolas se presentó formalmente.

—Soy el valiente, el terrible, el grandioso, el bestial asustaníos, el monstruo de debajo de las camas: ¡Caraverde! a tus órdenes.

A pesar de su horrenda apariencia, Caraverde tenía algo simpático. Sus ojos brillaban alegremente y su sonrisa, aunque dejaba ver su no tan afortunada dentadura, era cordial y hasta podríamos decir, agradable.

La sensación de alivio que empezaba a sentir Luis ante la extraña aparición no duró mucho tiempo. La alcoba se cimbró con unos rugidos bestiales que provenían de la habitación de al lado.

Gruñidos monstruosos hacían vibrar los muebles y los muros. Sumados a ellos, los aterrados gritos de la tía y ruidos de objetos que caían y se rompían sumieron a Luis en el espanto más grande que hubiera podido imaginar.

—Es él... ¡es él! —gritaba Caraverde, intentando esconderse bajo la cama.

Los gruñidos y gritos cesaron de pronto, y sin que Caraverde hiciera nada esta vez, se escuchó el aullido lejano de los perros justo en el momento en que la puerta de la recámara de Luis se abrió, y la tía, con la cara pálida del susto, se asomaba intentando decir algo.

Pero antes de que pudiera pronunciar palabra, una sombra gigantesca se paró tras ella, y unas manos (o algo que parecían unas manos) la tomaron por los hombros y la sumieron en la oscuridad, al momento en que la puerta se cerraba de golpe.

—Por eso estoy aquí —dijo Caraverde, saliendo de su escondite bajo la cama—. Terror... el monstruo más grande y poderoso de la región, nos tiene dominados a todos... por eso me comisionaron a buscarte; sólo tú nos puedes salvar, chico.

—Pero... sólo soy un niño —contestó Luis, mientras intentaba abrir la puerta.

—No lo intentes —sentenció Caraverde—; no podrás... y por favor, no te asustes más. Él toma fuerza con eso—. La verdad, no me imagino cómo es que nos puedes ayudar; pero bueno... Ella no se puede equivocar.

—¿Ella? ¿Quién? —dijo Luis, resignado a no poder abrir la puerta atorada.

—Disculpa, chico. Empeñé mi palabra de monstruo de que no te podía decir nada. Mi misión es llevarte a que enfrentes a ese odioso monstruo y acabes con él.

—¿Yo? ¡Tengo miedo! —dijo Luis, al punto del llanto.

—No quisiera engañarte, pero la verdad... ¡yo también! —respondió Caraverde, intentando refugiarse en los brazos del chico.

El temor se apoderó de los dos.

Cualquier sombra parecía tomar formas maléficas y aterradoras; cualquier ruido les hacía pulsar aún más fuerte el corazón. El simple roce de sus cuerpos con algún objeto los hacía gritar y espantarse aún más.

Fue entonces cuando, como un bálsamo, la dulce voz de una mujer inundó la habitación con una vieja canción de cuna.

—Duérmete, arbolito de oro,
duerme arroyo sandunguero,

duerme tierra y tu semilla,
que el mañana nos espera.
Las hadas revolotean,
cuidan tu sueño, chiquito,
mientras la luna está en vela,
y sonriendo, entreteje estrellas.

—¡Es ella! —gritaba Caraverde, animado nuevamente.

—¿Quién? —intentaba descifrar Luis, mientras veía a Caraverde saltar ágilmente sobre los muebles de la habitación.

—Oye, chico —contestó Caraverde, deteniendo sus piruetas—, ¿qué tú estás sordo o se te han caído dos o tres tornillos? ¡Que no te lo puedo decir! ¡Palabra de monstruo!

Al compás de la canción, los recuerdos de Luis intentaban escapar de su memoria como si fueran una marea que choca una y otra vez contra los diques que la detienen, sin conseguir moverlos un solo centímetro.

Esa voz le resultaba familiar. Estaba seguro de que la había oído antes, pero...

¿cuándo?, ¿quién cantaba esa melodía que le resultaba tan conocida?

Una oleada de valor le llegó sin saber muy bien de dónde. Una sensación de calor y coraje le recorrió el cuerpo, animándolo a enfrentar la terrible situación. Sabía que su deber de sobrino era rescatar a su tía, aunque para ello tuviera que enfrentarse al monstruoso Terror.

Decidido, le pidió a Caraverde que lo llevara a donde se encontraba Ella.

—¡Eso es! ¡Así me gusta! —gritó jubiloso Caraverde.

Pero dentro de él, el pequeño monstruo sabía muy bien que las cosas no serían tan sencillas. Sus afilados dedos realizaron una danza y la pared de la habitación se partió en dos y dejó abierta una pequeña grieta por donde Luis y Caraverde se adentraron.

Después de esto, las paredes crujieron para cerrarse nuevamente, sin que en su superficie guardaran la menor huella de lo que había ocurrido.

4

EL PASILLO DE LOS ESPEJOS INTERIORES

La oscuridad había dado paso a la penumbra, y ahora Luis podía distinguir, frente a él, una hilera de espejos que, uno frente a otro, figuraban un camino interminable. Volteó hacia atrás pero Caraverde ya no lo

acompañaba. Quién sabe en qué momento había dejado de escuchar su agitada respiración y de percibir el olorcillo a moho de montaña que perfumaba al pequeño monstruo.

—Caraverde, ¿dónde estás? —gritó Luis.

Sus palabras rebotaron entre la multitud de espejos y regresaron a sus oídos una y otra vez en forma de eco.

“¿Y ahora qué hago? —pensó—. No sé dónde estoy ni cómo regreso a mi casa. Ese monstruo verde me trajo hasta aquí y desapareció. ¿Será que aquí está Ella?”.

—Ella... ella... ella... —resonó el eco juguetón hasta perderse entre el camino de espejos, a pesar de que Luis no había pronunciado palabra alguna.

El niño se adentró entre la calzada de espejos, y su imagen se reflejó en ellos una y otra vez hasta multiplicarse al infinito.

En su recorrido, una imagen salió de un espejo y continuó caminando tras de Luis, siguiendo idénticamente sus pasos.

Hubo un momento en que Luis se detuvo y la imagen hizo lo mismo.

Cruzó sus brazos para darse un poco de calor, y la imagen lo hizo al mismo tiempo.

Dio tres pasos más al frente, y la imagen lo realizó con cronométrica exactitud.

Se paró sintiendo algo extraño, y la imagen manifestó la misma inseguridad.

Luis volteó hacia atrás y la imagen lo imitó, sólo que, esta vez, Luis la había descubierto. El Luis del espejo regresó su cara al frente y topó sus ojos con los desorbitados ojos del Luis original.

—¿Quién eres tú? —dijeron Luis y la imagen al unísono.

—Eres igual a mí —señalaron asombrados.

—¿Dónde está Caraverde? —intentaron preguntarse uno al otro.

—Esto me está dando miedo —dijeron a un tiempo.

Y aunque estaban un poco asustados, pretendieron ignorarse mutuamente, mientras continuaban su camino entre la fila de espejos.

Habían dado sólo unos cuantos pasos, cuando una segunda imagen apareció con la misma actitud temerosa y se unió a la caminata de los otros Luises.

Tres pasos más, y una tercera imagen se incorporó a la caravana, siguiendo los pasos del verdadero Luis, quien, volteando una vez más, los descubrió imitándolo, aunque esta vez, el disgusto de ver tantas copias suyas haciéndose pasar por él empezaba ya a desplazar al miedo.

—Ustedes... no se hagan tontos, ¿quiénes son? —dijeron Luis y las copias al mismo tiempo.

—Yo soy Luis —respondieron en coro.

—¡El único Luis soy yo! —volvieron a responder.

—Me tienen harto. ¡Caraverde! —gritaron todos juntos, y el eco se multiplicó en un estrepitoso concierto.

Todavía no terminaba de perderse el último eco cuando entre los espejos retumbaron los gruñidos bestiales de Terror, los gritos desesperados de la tía y la resonancia de unos potentes pasos, que se alejaban al tiempo que el escándalo se perdía hasta regresar de nuevo la calma al pasillo.

—Mi tía... Se la llevó el tal Terror. ¡Me alegro! —comentó el primer Luis salido de los espejos, rompiendo la sincronía con los demás—. Se la pasaba regañándome: “Luis, no hagas esto... Luis, cómete las verduras... Luis, no veas la tele tan cerquita... haz la tarea... apaga la luz...”. ¡Me alegro de no volver a verla nunca más!

—¿Cómo puedes decir eso? —comentó el segundo Luis—. Mi tía es la persona más buena del mundo. Se quedaba a cuidarme, me llevaba al parque y me compraba globos y helados. Y hasta me regalaba cosas aunque no fuera mi cumpleaños.

—Hablemos con la verdad —sentenció en tono de sabio el tercer Luis—: mi tía se quedaba a cuidarnos como favor a mis papás. Si nos decía que comiéramos verduras es porque ella sabe que la buena alimentación hace la salud. Y nos regalaba cosas porque somos su único sobrino. Como no tiene hijos, ve reflejado en nosotros ese deseo de...

—¡Basta! —interrumpió furioso el Luis original—. Los tres tienen razón, pero los tres están equivocados. Mi tía no es la mejor tía del mundo, pero es mi tía. Y yo no soy el mejor sobrino del mundo, pero la voy a rescatar de ese tal Terror.

—¿Cómo? —se quejó lloriqueando el segundo Luis—. Soy un niño débil, soy bajito, no puedo matar ni a una cucaracha. Yo no, ¡eh! Conmigo no cuenten.

—Nosotros podemos con ese tal Terror y más —gritó envalentonado el primer Luis—.

¡Que me echen veinte monstruos y los acabo! ¡Que me salgan las brujas y los duendes y...! ¡Pam!, ¡pum!, ¡zaz! Los dejo molachos... llorando a los pobrecitos.

—En el supuesto caso de que los monstruos existan, las probabilidades de que pudiéramos vencerlos son realmente pocas —dijo seriamente el tercer Luis—. Si nos basamos en las leyes de la física...

—Perdona —volvió a interrumpirlo el Luis original—, pero todavía no estudiamos física... ni esas cosas; apenas estamos en la primaria, recuérdalo.

—Bueno... sólo quería proponer mi teoría —dijo el tercer Luis, y se sentó refunfuñando.

—La verdad... ustedes piensan un poco como yo —dijo Luis—, pero no estoy de acuerdo en todo lo que dicen. Yo no soy así, más bien... quizás soy una mezcla, un poquito de todos. Si nos pusiéramos de acuerdo, seguro podríamos vencer a Terror. Si yo conservara esa buena imagen de mi tía, pero fuera más valiente y pensara mejor las cosas, tal vez tendría oportunidad de vencerlo.

La sonrisa se dibujó en la cara de los cuatro Luises, y una mirada cómplice se cruzó entre ellos.

La voz de Caraverde buscando a Luis rompió el silencio y su respectivo eco llegó rebotando entre los espejos.

—¡Aquí estoy! —gritaron los cuatro Luises, saludando con la mano en alto al mismo tiempo.

—Pa' su mecha... —dijo Caraverde al encontrarse con los niños—, si uno era demasiado, cuatro son realmente in-so-por-ta-bles. Presentaré mi formal e irrevocable renuncia al Sindicato de Monstruos, Duendes, Hadas y Asociados.

—Caraverde, ¡Luis soy yo! —dijeron los cuatro—. Ellos son imágenes que salieron de los espejos.

—Esto se pone complicado. ¿Qué hago?, ¿qué hago...? —decía Caraverde mientras caminaba dando vueltas en círculo, intentando encontrar una solución.

—¡Lo tengo! Les pondré una prueba: en menos de tres segundos respóndanme: ¿cómo se llaman? Por supuesto, los cuatro respondieron al mismo tiempo: “Luis”.

Después, Caraverde intentó preguntarles cosas más difíciles, como su edad, la escuela en donde estudiaban, el nombre de su maestra de primer grado o su comida favorita. Y en todos los casos, los cuatro respondían lo mismo, al momento exacto que lo hacían los demás.

—Esto está difícil —se decía Caraverde, un tanto preocupado.

Continuó su meditación dando vueltas hasta que una idea incidió sus ojos, que brillaron más de lo acostumbrado, y les ordenó:

—¡Levanten su brazo derecho!

Las imágenes levantaron el brazo izquierdo, y sólo el verdadero Luis subió el derecho.

—Ajajá... los caché... —dijo brincando de gusto Caraverde—. ¡Tú eres Luis!

—¿Cómo supiste? —preguntaron todos.

—No se me revuelvan otra vez. ¡Arriba el brazo derecho! —ordenó el monstruo.

—Mientras las copias levantaban de nueva cuenta el izquierdo, sólo Luis subía el derecho.

—En un espejo todo se ve exactamente igual, pero en realidad todo está al revés.

De modo que si levantamos la mano derecha frente al espejo, nuestra imagen también la levanta; pero si nuestra imagen viviera en nuestro mundo, jen realidad estaría levantando la mano izquierda! —dijo Caraverde en tono victorioso—. La escuela de monstruos no está tan mal.

“Todos somos yo...”, pensó Luis.

—¿O yo soy todos ellos? —susurrieron los cuatro.

—¡Basta de juegos! —insistió Caraverde—; Ella nos espera.

—Hagan lo que les dije —pidió Luis a sus otros yo.

—Claro que sí. No te preocupes —dijo el primer Luis en tono cómplice.

—Daremos lo mejor —prometió el segundo Luis.

—Y nos pondremos de acuerdo —señaló el tercer Luis.

Con abrazos y parabienes, las imágenes se despidieron, para retornar de nuevo al lugar de donde habían salido, volviendo a estar separadas de su original tan sólo por la delicada superficie del cristal del espejo.

—Salgamos de aquí antes de que aparezcan otros Caraverdes —dijo el pequeño monstruo—. Eso sí no podría resistirlo, chico.

—La verdad yo tampoco —respondió Luis entre risas.

—¡Chistoso! —farfulló Caraverde algo molesto, mientras retomaban el camino entre la larga hilera de espejos.

Ahora Luis se sentía con más ánimos y fuerza. Pensaba que había sido un raro encuentro, pero el viaje hacia el gran Terror apenas iniciaba y el camino habría de depararles sucesos más extraños aún.

5

EL SALÓN DE LOS PERSONAJES DESEMPLEADOS

El polvo y las telarañas impedían caminar con buena marcha.

En su viaje habían llegado hasta un enorme salón que de seguro había tenido mejores tiempos, pero que ahora mostraba descascarada la piel de sus muros. Una multitud de sillas desvencijadas se encontraban esparcidas y tiradas por doquier haciendo serpentear el paso de los caminantes.

Un gigante apenas sostenido en un asiento llevaba en su mano un amarillento ejemplar de la sección de empleos de un periódico. Sobre su descomunal brazo, una somnolienta hada con un vestido raído descansaba recargando su cabeza.

Un duende diminuto con un traje remendado y descolorido, acompañado de un pequeño ratón y una cigüeña, compartían el sillón y una mirada que se perdía en el infinito.

Luis y Caraverde llegaron sacudiéndose el polvo, que ya empezaba a adherirse a sus ropas y su piel.

La imagen de aquellos personajes, de tan lastimera, daba un poco de gracia, y Luis no pudo ocultar la risa al verlos ahí sentados. Y a pesar de que Caraverde lo calló en señal de guardar respeto a los presentes, sus carcajadas sacaron a todos del estupor e hicieron voltear a ver al dúo de recién llegados.

El enorme hombre se levantó de su silla, y su cabeza rozó las lámparas antiguas que pendían del techo a doble altura.

El hada estiró sus brazos e intentó volar, pero sus alas no le respondieron y tuvo que quedarse sobre el suelo.

El cuchicheo se apoderó de los pequeños del sillón, que no dejaban de hablar entre susurros, mientras apuntaban a Luis con un dedo.

—¡Hasta que por fin va a reanudarse la acción! —retumbó en el salón la voz del gigante—. ¡Miren quién ha llegado!

—¿Vienes a darnos trabajo? —preguntó esperanzado el pequeño duende.

—¿Trabajo? —repitió confundido Luis.

—Sí, por favor, algo que nos haga estirar un poco las piernas —sugirió el hada mientras buscaba afanosamente algo por el salón—. ¿Alguien ha visto mi varita mágica?

Luis no podía ocultar la gracia que le daba el ver cómo los extraños personajes intentaban arreglar sus viejos vestidos, alisar sus enmarañados cabellos y poner su mejor sonrisa frente a él.

Caraverde lo reprendió nuevamente.

—Perdón, pero es que... ahora sí creo que esto no está nada bien —explicó el pequeño Luis a los presentes—. Ustedes, en realidad, no son de verdad, no existen.

—Sabía que no había ninguna solución. Tendremos que esperar encerrados hasta que... ya saben —dijo el gigante, regresando de nuevo a la silla, que se veía diminuta frente a sus proporciones.

Los demás hicieron lo mismo. Tristes y apagados, retornaron nuevamente a perderse en la nostalgia.

—Creo que has herido sus sentimientos —murmuró Caraverde a Luis, que para ese momento ya se encontraba arrepentido de sus palabras.

—Perdón, no quise ofenderlos ni hacerlos sentir mal —dijo Luis un tanto avergonzado—, pero es que los gigantes, las hadas y los duendes no son seres reales; me lo dijeron en la escuela. Nunca han existido. Son cuentos que les dicen a los niños cuando están chiquitos.

—Y por supuesto, tú ya no eres ningún chiquito —respondió dolida el hada.

—¡Todo un hombre! —crispó su voz el gigante.

—¡Un adulto completo! —renegó el pequeño duende.

—Claro, ahora ya no nos necesitas —comentó en tono despectivo y con cierto acento francés, la cigüeña.

—Pero ¿qué tal antes?, ¿verdad? —dijo el ratón no soportando más, y llegando con tono desafiante ante los pies de Luis.

—Debo admitir —dijo Luis con las mejillas un poco encendidas de rubor— que alguna vez... hace mucho tiempo, claro, cuando era un niño chiquito, creí en ustedes y bueno... fue bonito imaginárlos.

La memoria de todos se trasladó en el tiempo hasta aquellos momentos en que siempre estaban ocupados. Cuando el hada volaba delicadamente hasta la cama del niño para contarle interminables cuentos, o simplemente para velar su sueño. Y el gigante era el invencible héroe de fantásticas historias. Cuando el duende hacía cabriolas y volteretas que ganaban las carcajadas del pequeño. Y la cigüeña y el ratón cumplían su tarea siendo los porteros entre el mundo mágico y el real, a la hora de explicar cómo los hermanitos llegaban a casa, o cómo aparecían las monedas bajo la almohada, donde una noche antes habían estado los dientes de leche.

Una sonrisa un poco triste se dibujó en la cara de Luis al recordar aquellos tiempos, pero la caja mágica de los recuerdos fue cerrada abruptamente por los gruñidos bestiales de Terror, que alzaron el polvo del gran salón.

—¡Pronto, a esconderse! —gritó el gigante mientras intentaba encontrar un sitio que disimulara su enorme cuerpo.

—Ya se ha llevado a muchos —dijo el ratón—. ¡No podemos seguir permitiéndolo!

Los gruñidos cesaron, mientras la polvareda levantada por todos para esconderse descendía lentamente y se asentaba de nuevo sobre el piso y los muebles.

Después de cerciorarse de que no había ningún peligro, poco a poco, aún con recelo, fueron saliendo de sus escondites. Todos, menos Luis.

Preocupados, empezaron a buscarlo.

Los personajes se emocionaron. Aunque fuera por un momento, esa búsqueda los sacaba de su eterna y lamentable rutina y los hacía sentirse útiles.

El duende daba volteretas por el cuarto, mientras el ratón cabalgaba sobre la cigüeña indicándole pequeños recovecos dónde asomarse. El hada hasta consiguió despegar su vuelo y aprovechó para buscar entre los viejos candiles que colgaban peligrosamente del techo. El gigante, de tres pasos recorría una y otra vez la habitación, hasta que el pequeño duende gritó que lo había encontrado.

Tras unas viejas cortinas estaba Luis, temblando de miedo.

—Todo un hombre —dijo entre risas el gigante, tendiendo su formidable mano al niño.

—No sé qué voy a hacer —confesó Luis—, cómo puedo vencer a ese horrible monstruo... pero es que tengo que hacerlo, tengo que ir por mi tía... ¿Qué irá a hacer con ella?

—Terror... ese monstruo voraz se alimenta de nosotros —esta vez, la voz del gigante no sonó tan ensordecedora. Más bien se escuchaba apagada.

—¿De ustedes? —preguntó asombrado Luis.

—Claro. Varios de nosotros ya no existen más —dijo el hada mientras bajaba a tierra—. ¿O dime si ves por aquí a los tres reyes magos?

—¿O al querido Santa y la coneja de Pascua? —comentó tristemente la cigüeña.

—Uno a uno, Terror ha acabado con ellos —sentenció el ratoncito— como lo hará con nosotros. Y de seguro también con tu tía.

—Pero tú puedes salvarla —lo animó Caraverde—, tú puedes salvarnos a todos. Pa' su mecha, ¡te lo dije, chico!: ¡aquí las cosas están complicadas!

—Por favor, Caraverde —dijo Luis, tomando nuevas fuerzas—, no perdamos más el tiempo. Llévame con Ella.

Enormes y diminutos brazos estrecharon efusivamente a Luis y al pequeño monstruo, en una despedida cargada de buenos deseos.

El dúo partió confiado, dejando el salón y a los personajes nuevamente sumidos en lo monótono de sus días.

—¡Suerte! —les gritó con su fabulosa voz el gigante, intentando transmitirles esperanza. Pero una vez que se perdieron de vista, musitó en tono afligido—: La van a necesitar.

Los personajes asintieron tristemente y volvieron a sus asientos, rendidos ante el fatal presagio de lo inevitable.

6

EN VIAJE SOLITARIO

Una tenue luz rojiza resplandecía entre los vapores que inundaban el lugar.

A lo lejos, el desolado croar de unas ranas se escuchaba apenas en el inhóspito y sombrío territorio dominado por la penumbra. Luis se escudaba tras Caraverde, intentando pisar con cuidado, temeroso ante la misteriosa atmósfera del pantano.

—Mi trabajo ha terminado. Sólo hasta aquí te puedo acompañar —dijo Caraverde, tendiéndole la mano a su compañero de aventura.

—No me dejes, tengo miedo —respondió Luis, abrazando al pequeño monstruo, tratando de evitar su partida.

—Tienes que cruzar por este sitio tú solo. Es parte del trato... Adiós, Luis.

—Pero este lugar da mucho miedo.

—Lo sé, pero ahora ése es tu trabajo y lo tienes que cumplir —le informó seriamente Caraverde, al tiempo que quitaba de su cuerpo los brazos del niño y se disponía a dejarlo solo.

—Entiendo. —La voz de Luis sonó resignada, pero con determinación a la vez—. Tengo esperanza de que los otros Luises me ayuden. Eran un poco enfadosos, ¿sabes?, pero tenían cosas que yo nunca pensé tener.

—Sólo espero que se pongan de acuerdo —respondió Caraverde.

Y dándose un fuerte abrazo, el niño y el pequeño monstruo de debajo de las camas sellaron esa extraña amistad que acababa de surgir, a pesar de la diferencia de sus mundos.

—Será mejor que me vaya —dijo Caraverde, intentando sofocar el llanto—; los monstruos no podemos darnos el lujo de chillar; está prohibido. ¡Me echarían del sindicato! Adiós.

Y el pequeño monstruo se alejó caminando hasta perderse entre la bruma.

Apenas se perdió de vista, cuando el pantano se estremeció con los desgarradores gritos de auxilio de Caraverde, los cuales fueron acallados por los espantosos bufidos del gran Terror.

Aquantando su miedo, Luis corrió intentando llegar a tiempo para hacer algo, pero por más que corría, el pantano parecía extenderse más y más, y la bruma se hacía cada vez más densa. Una y otra vez gritó sin encontrar respuesta; buscó y buscó sin distinguir la menor huella de su amigo. Ahora, además de salvar a su tía, estaba obligado a rescatar también al pequeño monstruo.

El lugar le pareció más inhóspito aún. La penumbra daba paso cada vez más a la oscuridad. Y Luis sabía que contra el espanto por la negrura de la noche nada podía él hacer.

EL PANTANO DE LA BELLEZA ESCONDIDA

Un vientecillo apenas perceptible empezó a tomar fuerza hasta agitar las plantas y los árboles del lugar. Sombras inesperadas aparecieron danzando al compás del viento, mientras una parvada de murciélagos sobrevolaba la cabeza de Luis haciéndole gritar, presa del pánico.

—No pasa nada... son murciélagos, son animalitos... —se decía Luis a sí mismo, intentando darse valor—. ¡Sí, pero también son vampiros, y los vampiros chupan la sangre! —se contestaba.

En su interior, los diferentes Luises que lo habitaban intentaban controlar la situación.

—En las películas... sólo en las películas, pero nunca se ha visto que en la realidad existan. Son sólo animalitos, y muy chiquititos. No hacen nada... no me pueden hacer nada. Ellos son chiquitos y yo soy mucho más grande...

De nueva cuenta, la parvada de murciélagos agitó la cabellera de Luis, pero esta vez no hubo gritos. Luis respiró profundo y enfrentó con la mirada a los murciélagos, que siguieron volando sin preocuparse mucho por el niño.

El orgullo lo inundaba, se sentía triunfante por haber podido enfrentar a los murciélagos. Ahora los veía como seres inofensivos, simples animalitos nocturnos en busca de alimento; no sangre, como decían las historias de miedo, sino seguramente insectos, como les había contado su maestra en una clase.

Sin saber mucho hacia dónde ir, pero con una seguridad venida de quién sabe dónde, sus pies empezaron a caminar abriéndose paso entre la niebla.

No sabía cómo podría encontrar a la dueña de la dulce voz que, según Caraverde,

podía ayudarlo, ni cómo es que él, tan sólo un pequeño niño, iba a enfrentar al gigantesco y terrible Terror, del cual huían monstruos, seres fantásticos y hasta gigantes. Sin embargo, se sentía seguro.

“Algo bueno tiene que ocurrir”, pensaba convencido. Pero un nuevo encuentro con otro extraño ser esfumó su seguridad en sólo unos segundos.

Un sapo gigantesco, casi de su tamaño, lo veía con sus enormes y vidriosos ojos.

—Ma... ma... ma —intentaba decir Luis, pero no podía pronunciar palabra.

El miedo lo tenía paralizado ante la cercanía del sapo y la repugnante visión de su verruguenta y húmeda piel.

—Marcio Sapo es mi nombre, ¿me conoces? —preguntó con tono refinado el batracio.

—¿Hablas?

—Todos los sapos hablamos... el antiguo idioma de los sapos, claro está —señaló con propiedad Marcio Sapo.

—¿Idioma de sapos? ¿Y cómo puedo entenderte? Yo no hablo sapo —dijo Luis, mientras el temor desaparecía y el movimiento regresaba poco a poco a sus articulaciones.

—Porque traigo a este intérprete —dijo seriamente el sapo, y le enseñó a Luis una cajita diminuta que llevaba colgada de un collar, dentro de la cual traía una especie de insecto—. ¿Te asustan los sapos?

—Son feos... —respondió Luis, sin pensar mucho—. Perdón, no quise ofenderte.

—Estoy acostumbrado a que no entiendan nuestra belleza —dijo el sapo, mientras miraba de reojo a un mosquito que sobrevolaba sobre un charco empantanado.

Inesperadamente, disparó su lengua como látigo para atraparlo y lo llevó a su boca para devorarlo.

La belleza es muy relativa —dijo mientras saboreaba su bocado.

—¿Qué significa “relativa”? —preguntó Luis, intentando disimular la repulsión.

Marcio Sapo intentó explicarle algo que los sapos sabían muy bien: que la belleza depende de quien la mire. Simplemente, él era considerado por los sapos y las ranas del pantano como un bellísimo ejemplar de su especie.

—Si tú lo dices... —contestó Luis, observándolo e intentando encontrarle alguna gracia.

—Además, soy cantante profesional.

Marcio Sapo aprovechó el concierto que los grillos empezaban a armar, y comenzó a cantar, pero Luis sólo escuchó un croar común y corriente.

Apenado, Marcio dio unas palmaditas a la cajita del intérprete, lo cual hizo despertar al bicho, que en ese momento empezaba a dormir una siesta. Lo intentó de nueva cuenta, y esta vez, una melodiosa voz se escuchó en el pantano.

Unas ranas se unieron al coro, mientras que las libélulas danzaban entre los matorrales, haciendo brillar sus alas con la luz de luna que empezaba a bañar el lugar.

Los murciélagos aparecieron nuevamente, y sus alas emitieron un sonido cadencioso que se integró con armonía al espléndido concierto.

Al terminar la canción, el miedo había abandonado por completo a Luis. El pantano no parecía tan atemorizante. Con toda sinceridad aplaudió agradecido al sapo, que modestamente hacía una pequeña caravana.

—Y eso que sólo parecía un croac croac insignificante —decía Luis mientras— aplaudía emocionado.

—Hay belleza en todos lados; sólo es cuestión de que la puedas apreciar —dijo— gentilmente el enorme sapo.

En ese momento, transportada por el viento, la voz de Ella, cantando la vieja canción de cuna, llegó hasta el pantano para arrullarlos con su armonía y embellecer aún más el excepcional paisaje.

—¡Ésa sí que es una bella voz! —dijo admirado Marcio Sapo.

—¿La conoces? ¿Sabes dónde puedo encontrarla? —preguntó ansioso Luis.

—¡Por supuesto! —dijo el gigantesco sapo—. Sólo cierra tus ojos y la encontrarás.

Convencido de que lo mejor era dejar atrás los miedos y resquemores, Luis cerró los ojos fuertemente. Mientras lo hacía, un aire refrescante lo envolvió de tal manera que sintió por un momento que el piso no existía y que su cuerpo era transportado sutilmente como una hoja seca en una corriente de viento otoñal.

EL POZO DE LOS RECUERDOS

Cuando Luis abrió los ojos, el paisaje había cambiado enormemente. Ahora estaba rodeado de verdes prados, con árboles bordados de flores de intenso colorido, y el sol se asomaba tibio entre nubes de caprichosas formas. Al centro del jardín, un pozo invitaba a sentarse en sus bordes.

Embriagado por el encanto del lugar, Luis se sentó a disfrutar del maravilloso panorama. En el agua del pozo se reflejaban las nubes. Entre los reflejos, Luis creyó ver unos ojos que, desde el fondo, parecían mirarlo. A pesar de lo extraño de la situación, por algún motivo no le dio miedo; ¡todo era tan apacible alrededor!

La canción surgió, esta vez, de las profundidades del pozo; rebotaba entre los ladrillos y subía hasta esparcirse por el jardín entero.

Luis cerró sus ojos, tratando de concentrarse para encontrar la respuesta: ¿quién era Ella?; ¿por qué le resultaban tan familiares aquella voz y la melodía?

Un torbellino de imágenes lo asaltaron y, a pesar de que sus pies estaban apoyados firmemente en la tierra, sintió que iba cayendo dentro de un agujero muy profundo.

De golpe abrió los ojos, justo en el momento en que su memoria encontraba la respuesta.

¡Ahí estaba Ella! materializada, palpable ahora; sentada junto a él en aquel jardín paradisíaco.

—¡Abuela! ¡Eres mi abuela! —decía Luis mientras la abrazaba.

—¡Mi niño, cómo has crecido!

—Tú me cantabas esa canción para que me durmiera, para que no tuviera miedo a la oscuridad.

—Y ya no te daba miedo. Te quedabas dormido escuchando mis cuentos. Y yo apagaba la luz y tú no te despertabas hasta el día siguiente. Una sonrisa los hizo cómplices.

Había pasado tanto tiempo desde que Luis recordaba la última vez que su abuela lo acompañó, que se sentó al pie de su cama.

—¿Por qué te moriste? —preguntó Luis en un susurro.

—Todo lo que nace tiene que morir; así tiene que ser. Lo importante es que me has recordado —respondió ella con una sonrisa.

—Cuando estabas conmigo yo no tenía miedo —murmuró Luis.

—¿Recuerdas lo que te decía antes de dormir?

Esta vez, Luis ya no tuvo que cerrar los ojos: frente a él podía ver la imagen de su abuela y de él mismo, años atrás, jugando antes de dormir. Su abuela le cantaba y le murmuraba algo al oído, y Luis, de apenas tres o cuatro años, sonreía mientras sus párpados caían una y otra vez para cerrarse y entregarse al sueño.

—Los monstruos, los duendes y las hadas existen gracias a la imaginación. Yo les doy vida. Yo puedo controlar mis miedos. Todo depende de mí —dijo Luis, al tiempo que la evocación de sus recuerdos infantiles estallaba en mil mariposas blancas, que volaron esparciéndose por el jardín.

—Al pensar sólo en las cosas que te dan miedo, me olvidaste —dijo la abuela, mientras sostenía en su mano una de las mariposas que habían inundado el lugar.

Luis se sintió avergonzado: la abuela tenía razón. Pensaba tanto y tanto en los monstruos maléficos que estarían acechando en la oscuridad, que había olvidado a aquellos seres fantásticos con los que las divertidas historias de su abuela lo arrullaban en las noches. Con el tiempo, también los recuerdos que tenía de ella habían quedado sepultados.

—Nunca más voy a olvidarte ni a olvidar todas las cosas que me has dicho —prometió Luis, plenamente convencido.

—Ahora tienes una misión muy importante y yo no te puedo ayudar —sentenció la abuela—. Tienes que enfrentar a Terror tú solo.

—¡No puedo, abuela! ¡No puedo! Nuevamente, el pánico invadió a Luis.

Súbitamente, el cielo se había nublado, y el sonido de truenos y una repentina ventisca habían dado al jardín un aspecto escalofriante. Los árboles se ondulaban agitando peligrosamente sus ramas; del pozo se asomaba una serpiente, que espantó aún más a Luis.

Frente a él, su abuela se desdibujaba, tornándose amarillenta como si fuera una fotografía expuesta por mucho tiempo al sol. Antes de extinguirse por completo, Luis alcanzó a oír que le decía.

—Si no lo destruyes, él acabará con nosotros.

La voz de la abuela se apagó al mismo tiempo en que un colosal rugido de bestia partía el piso bajo los pies de Luis.

“Tengo que acabar con Terror y salvar a mi tía —pensaba Luis, mientras el jardín se tornaba cada vez más salvaje—, al gigante y a sus amigos, a Caraverde... y a mi abuela. Ellos confían en mí”.

La tierra continuó abriéndose hasta que Luis, no teniendo hacia dónde escapar, cayó dentro de una profunda grieta, oscura, enorme, interminable.

LA GUARIDA DE TERROR

La llegada a las profundidades del abismo sucedió casi sin darse cuenta. Lo último que Luis recordaba era la caída, luego el miedo, y después una sucesión de luces de colores centelleantes, que se fundieron en un color rojizo hasta finalizar en un aterrizaje sobre una niebla tan densa, que funcionaba como un colchón perfecto.

Entre la bruma, una luz más clara destellaba a lo lejos, e intuitivamente, Luis caminó hacia ella. La luz crecía a la par de que la espesa niebla se aligeraba. Entonces se dio cuenta de que se encontraba dentro de una enorme gruta, compuesta por rocas de colores marrón y turquesa. En su andar por la caverna, sus pies tropezaron con algo. Era una bolsa que contenía regalos maltrechos. Luis abrió uno y encontró un camioncito amarillo, justo igual a lo que unos años antes había pedido en Navidad, sin que le fuera concedido.

“Quizá la entrega fue interceptada por el gran Terror”, pensó.

Los desesperados gritos de su tía lo rescataron de sus meditaciones. La buscó por los alrededores pero no podía verla. También distinguía la voz de Caraverde.

Al levantar la vista vio una enorme jaula llena de herrumbre, la cual colgaba del techo de la gruta. En su interior, su tía y Caraverde se encontraban prisioneros.

—¡Luisito, ten cuidado; el monstruo no tarda en regresar...! —gritó alarmada la tía.

Luis, mientras tanto, intentaba encontrar algo para llegar a la jaula, pero no hallaba nada que pudiera subirlo hasta esa altura.

—¡La varita del hada! —grito Caraverde—. Búscalas, chico, Terror la tiene guardada en un baúl. Con ella nos puedes rescatar.

Luis dio un vistazo y descubrió un gran baúl dentro de un nicho en la pared de roca. Lo abrió y buscó entre una enorme variedad de extraños objetos. Allí encontró unos rancios huevos de chocolate; una larga e interminable trenza de cabello; un espejo que reflejó una imagen distinta a la suya, pero que al verlo, inmediatamente desapareció; cofres con tesoros; una enorme bola de oro y espadas finamente labradas con la imagen de la calavera de los piratas. Y allá, entre un montón de cosas más, vio brillar una lucecita que salía de una delgada vara.

Luis la tomó e iba a cerrar el baúl cuando en el fondo escuchó algo que se movía e intentaba salir por cuenta propia. Era una vieja alfombra, que se sacudió como si fuera un perrito acabado de bañar y se puso a disposición de Luis.

Sin pensarlo dos veces, Luis se subió a la alfombra y le ordenó “sube”, tal como recordaba que se tenía que decir para que las alfombras mágicas emprendieran el vuelo, según las viejas historias que le contaba su abuela.

Y efectivamente, la alfombra respondió elevándose suavemente hasta sostenerse firme ante la puerta de la jaula.

—Usa la varita —insistía Caraverde.

Luis le ordenó a la varita, pero nada sucedió.

Los bramidos del gran Terror se escucharon acercándose al lugar. A cada paso del gran monstruo, la luz se extinguía y la oscuridad iba invadiéndolo todo. Sólo la luz de la varita mágica lograba iluminar un poco el lugar.

Luis intentó, con sus manos, forzar la cerradura sin conseguirlo.

—¿Buscas esto? —rugió una potente y cavernosa voz.

Más oscuro todavía que la oscuridad reinante, Terror se erguía ante Luis. Por fin estaba frente al más temido de todos los monstruos, quien le mostraba burlonamente una vieja llave.

¿Cómo describirlo? Podría decirse que no era sólido del todo: más bien parecía hecho de un líquido viscoso y color oscuro; su altura, fácilmente, era dos veces mayor que la del gigante; su cuerpo, de forma humanoide; estaba cubierto por un gastado jubón de piel; su cara, sin facciones, dejaba ver sólo unos agujeros todavía más oscuros, infinitos, hipnotizantes, en el lugar en donde en un rostro humano deberían haber estado los ojos y la boca.

“¡Que me hago! ¡Me hago!”, pensó Luis, cerrando sus ojos ante la presencia del gran monstruo, y éste, dándose cuenta de su poderío, se rio tan fuerte que sus carcajadas cimbraron la gruta y volatizaron una nube de polvo marrón y turquesa que se desprendió de las paredes y el techo.

—¡Tú puedes vencerlo! —gritaba convencido Caraverde.

—Sólo soy un niño, me va a comer... —insistía Luis, que no podía contener el miedo.

—Así me gusta... ten temor, así, así... —mascullaba el monstruo de monstruos. Y mientras Luis se asustaba aún más, Terror engrandecía su tamaño.

Con sus gigantescas extremidades, el monstruo arrebató la alfombra mágica a Luis, que cayó estrepitosamente a tierra.

Terror se acercó desafiante, y Luis, aunque adolorido por la caída, se levantó como pudo y emprendió la huida.

No había muchos sitios dónde esconderse. Todavía llevaba en su mano la varita mágica, que le iluminaba un poco el camino, aunque también lo hacía más visible ante el gran monstruo.

Desesperado, apuntó con firmeza la varita contra Terror, diciendo las palabras mágicas que recordaba de los cuentos de hadas, pero por más que le ordenaba, la varita no respondía.

Los gritos de la tía y las voces de aliento de Caraverde poco ayudaban al pequeño niño, que se encontraba cuerpo a cuerpo, al descubierto, con el monstruo.

—Olvídate de las tontas hadas, de los inútiles personajes graciosos. Olvídate de tu abuela y piensa únicamente en el mal. Eso es, así... así...

La luz de la varita parecía extinguirse. Fuera de ella, la oscuridad se hacía indescifrable. Y a pesar de que ése era el más grande temor de Luis, no fue suficiente obstáculo para que el niño, desde su interior, intentara dominar el miedo.

—Dejé de creer en los cuentos de hadas. Olvidé a mi abuela y sus enseñanzas sólo porque había muerto. Los monstruos existen porque yo quiero creer que existen.

—Existimos, ¡sí! ¡Claro que existimos! —gritaba delirante el gran Terror.

—En la fealdad también puedo descubrir la belleza; y yo puedo transformarlo todo porque todo está en mi imaginación.

—No lo niego, tú me das vida. Soy fuerte por ello... —contestó Terror, arrebatándole la varita mágica, que a su contacto se apagó, quedando, ahora sí, todo cubierto por la negrura más absoluta.

Con los ojos cerrados y hecho ovillo en un rincón, Luis temblaba de miedo.

—¡Tú puedes salvarnos, chico! ¡Ella no se puede equivocar! Eres un niño, pero también eres bueno, inteligente y valiente. ¡Acuérdate de los Luises! —gritaba Caraverde.

Remontando todos sus miedos, Luis abrió los ojos en la oscuridad. Se levantó y caminó hacia donde presentía que se encontraba el gran monstruo.

—¡Yo te inventé! y puedo transformarte en lo que yo quiera —gritó valerosamente— La oscuridad no me importa; las cosas siguen siendo las mismas cuando no hay nada de luz. Todo está en mi imaginación. Tú estás en mi imaginación y yo decido que no existas; tú eres lo que yo quiera. No eres un monstruo. Eres... ¡una princesa!, una princesa de cabello largo y vestido dorado; una princesa que está enamorada de un príncipe que es un sapo, pero cuando ella lo besa se convertirá en humano y vivirán felices para siempre... una princesa de cuento que canta canciones de amor...

Ante las palabras de Luis, el cuerpo del gran monstruo se vio inmerso en un tornado. El terrible remolino diluyó completamente el cuerpo del monstruo hasta convertirlo en lucecitas que se esparcieron e incrustaron en las paredes de roca como brillantes estrellas que iluminaron completamente la caverna.

En el suelo quedaron, como restos del gran Terror: la llave, la varita mágica y el viejo jubón que lo cubría.

La varita pareció centellear con renovada fuerza. Luis la tomó, y un potente rayo salió de ella hacia el jubón, que se transformó, ante los ojos de Luis, en una hermosísima princesa, más bella que cualquiera que hubiera imaginado en un cuento de hadas.

Luis ordenó liberar a los prisioneros, y otro rayo elevó la llave hasta colocarla en la cerradura, hacerla girar y abrir la puerta.

La alfombra despegó del suelo hasta posarse en la entrada de la jaula, de donde trasladó a tierra a Caraverde y a la tía, que intentaba recuperarse de un desmayo.

—Caraverde, dile a mi abuela que no se preocupe más, que se ha acabado Terror, que ya sólo voy a pensar en cosas buenas y bonitas.

—Sí... entiendo —dijo apesadumbrado el pequeño monstruo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Luis.

—Que supongo que ahora ya no habrá mucho espacio para mí. Pero lo importante es que ese Terror al fin se ha ido —contestó el monstruo verde, intentando forzadamente sonreír.

—Caraverde, ¡por favor! —dijo Luis—, ¿qué no te has dado cuenta? ¡Tú eres un bello ejemplar de tu especie!

Agradecido, Caraverde se despidió de su amigo dándole un fuerte abrazo.

Luis le recomendó llevar a la princesa con los demás y de paso presentarle a un conocido cantante del pantano. Quizá la chispa del amor podría brotar entre ellos.

Le pidió a Caraverde, además, decirle a todos que se prepararan porque les iba a dar trabajo nuevamente.

—Dale también la varita al hada —dijo Luis—; parece que ahora sí funciona bien. Ahora ya la podrá usar para cumplir con su trabajo.

—Nunca estuve descompuesta —contestó Caraverde—. Lo único que le hacía falta era un poco de fe.

Y diciendo esto, Caraverde agitó la varita, que emitió de nuevo un poderoso rayo que electrizó los cabellos de Luis y su tía y los envolvió en una luminiscencia que se hizo cada vez más potente hasta desmaterializarlos por completo.

10

EL DESPERTAR

El rechinido de la puerta interrumpió el profundo sueño de Luis. La tía, con semblante y un tanto preocupado, se asomó a la cama del niño, y encendió la luz al ver que despertaba. La habitación parecía no haber cambiado nada: todo se veía exactamente igual que antes de la llegada de Caraverde.

—Tuve una pesadilla horrible —dijo la tía: soñé que... —hizo un esfuerzo, pero por más que lo intentaba, no podía encontrar ningún recuerdo en su memoria—. No sé... pero era espantoso. De eso sí estoy segura. Bueno, sólo vine a ver cómo estás.

—Estoy bien, tía, gracias... Apaga la luz —contestó Luis, volviendo a sumergirse entre las sábanas.

—¿Qué? —preguntó la tía. No podía creer que éste fuera el mismo niño que hasta hace unos minutos se negaba a dormir en la oscuridad, el mismo que había hecho un escándalo, llorado e incluso mojado la cama para que no le apagaran la luz.

—Ahora sólo pensaré en cosas buenas —respondió Luis entre bostezos.

—Bien —dijo la tía, sorprendida—, quizá hasta yo deba ponerlo en práctica. Buenas noches, Luisito, que descanses.

Y apagando la luz, la tía salió de la habitación dejando a Luis durmiendo tranquilamente en la oscuridad de su recámara.

11

SIN MIEDO A LA OSCURIDAD

Desde entonces hasta ahora, han pasado muchas noches ya, y Luis no teme a la oscuridad en su cuarto ni en ningún otro lado. Ahora duerme tranquilo, sin tener que encender la luz.

Su recámara se siente apacible y segura, aunque algunas veces, en las noches sin luna, cuando la negrura lo invade todo, en la cama de Luis se escucha un pequeño ronquido extra y se percibe un peculiar olorcillo a moho de montaña.

Pero esto a Luis ya no le preocupa. Él sabe que eso de ser un monstruo de debajo de las camas es un trabajo duro, muy duro, y que, algunas veces, Caraverde sale de su escondite y se acurruca silenciosamente junto a él, aprovechando las oscuras noches frías para compartir, con su amigo, la tibieza y suavidad de la almohada.



El perseguidor de sueños

ESMERALDA CEBALLOS

I

EN BUSCA DEL SUEÑO PERDIDO

No tengo más remedio que contar cómo me convertí en un soñador. Déjenme decir que no es tarea fácil, antes me cansaba mucho, pero con el tiempo me he acostumbrado. Me llamo Julián y tengo ocho años con siete meses, voy en tercero de primaria, aunque debería de ir en cuarto, pero esa es una historia que no me conviene narrar.

Todo comenzó la noche en que estaba a punto de dormir. Tenía la sábana hasta la punta de la nariz y escuché cómo mis papás hablaban de la pobreza que tanto nos afectaba. ¿Pobreza? ¿Nosotros? En ese entonces creía que se le llamaba pobres a los que no tenían un techo donde dormir; pero no era cierto, yo tenía una casa, una cama, y mis zapatos estaban rotos, mis cuadernos tenían pocas hojas limpias donde escribir, y comía frijoles cada dos días. Eso sucedía porque mi papá no ganaba lo suficiente en la fábrica de televisiones donde trabajaba, y a mi mamá la acababan de despedir de su empleo justificando recorte de personal. Ya hacía tiempo que sabía que no andábamos bien de dinero en casa, pero no le daba importancia porque mis papás eran muy cariñosos conmigo. Sentía que no me faltaba nada.

Eso estaba pensando cuando sentí que un viento frío sopló como torbellino dentro de mi recámara y, como por arte de magia, el sueño se esfumó de mi rostro. No

pude cerrar los ojos por más que lo intenté. Era como si me hubieran robado el sueño del cofre de mis tesoros. En toda la noche no pude pegar un ojo, mis párpados estaban pesados, pero algo les impedía cerrarse. Me levanté al baño. Me miré al espejo y observé que mis pestañas estaban sostenidas por hilos invisibles que llegaban hasta el techo. Fui por un vaso de leche, pero no había. Me regresé a la cama, conté borregos, imaginé cosas bonitas, construí castillos, atravesé los Jardines Colgantes de Babilonia,

luché hasta vencer a Nabucodonosor, pensé en Imelda, la segunda niña más bonita de mi escuela para ver si así lograba conciliar el sueño, pero nada. Esa fue la primera noche que no dormí.

Cuando el sol asomó por mi ventana yo seguía con los ojos pelones y los cabellos de punta por mi noche de insomnio. Mi mamá me llamó para despertarme -según ella- pero cuando lo hizo ya tenía el uniforme puesto, la cara lavada y estaba listo para ir a la escuela. Lo increíble es que no tenía sueño, estaba cansado por las mil vueltas que di en la cama, pero no tenía sueño. Tuve miedo de decirle a mamá que un robasueños se había metido a mi cuarto, porque de seguro no me habría creído, pensaría que estaba mintiendo para no ir a la escuela. Además, conociéndola, no nada más sería capaz de llamar a una patrulla, sino de contárselo a los vecinos, y yo no soportaría ser otra vez la burla de toda la colonia. Como el año pasado cuando el perro de Lalo, mi vecino, me mordió el trasero y no pude sentarme en todo un mes.

Preferí guardar silencio, aparentar normalidad, e irme a la escuela; pero cuando oscureció ocurrió lo mismo que la noche anterior. Pasaron dos, tres, cuatro días y mis ojos seguían abiertos, como si el sueño se hubiera despedido de mí para siempre.

Seguí guardando el secreto, no quería preocupar a mis papás. En esos momentos no era buena idea gastar en medicina y en doctores, cosa que a mí me convenía, ya que nunca he sido fanático de las inyecciones.

Estaba tan preocupado por mi problema que no percibí que, desde la esquina más apartada de mi cuarto, dos viejos amigos me observaban. Me cansé de repetirme una y otra vez que este asunto era pasajero, que pronto se terminaría. Pero se prolongó por tres días más.

Ahora sí estaba enojado, tenía que encontrar una solución, el mundo no soportaría que yo anduviera con los ojos abiertos como canicas las veinticuatro horas del día. Una vez más me preparé para ir a clases, aunque mentiría si dijera que en los últimos días había aprendido algo. Me despedí de mamá y emprendí el camino hacia la escuela. Cuando llevaba unas cinco cuadras, me percaté de que mi ojo izquierdo estaba dormido, al igual que todo ese lado de mi cuerpo. Faltaban sólo cinco minutos para que cerraran la puerta de la escuela y todavía me quedaban algunas calles por recorrer. Mi lado derecho, con su ojo abierto, intentó apurarse, pero el lado contrario estaba terco en no moverse. Así que no tuve más remedio que arrastrar la mitad de mi ser como si fuera un bulto. Varias personas se me quedaban viendo como si fuera un bicho raro, de seguro pensaban que estaba fingiendo para no llegar a la escuela. Traté de no hacer caso de las miradas preguntonas y apurarme lo más posible. Llegué barrido a la escuela y mi lado izquierdo despertó de repente, y por su culpa casi me estrellan la puerta en las narices. Pero la pesadilla no terminó ahí. Cuando me senté en el mesabanco mis párpados comenzaron a jugar entre sí. Subían y bajaban por separado, primero el derecho y luego el izquierdo, como los pedales de mi bi-

cicleta, y no los podía controlar. Con el ojo derecho podía ver toda la belleza que existía en el salón, y entonces todo se cargaba hacia ese lado:

Las flores de colores que la profe Elisa había hecho para el día de las madres, los hoyitos que se dibujaban en las mejillas de Daniela cada vez que sonreía, los videojuegos de mi amigo Benjamín, los ojos repletos de pestanas de Dalila, la fecha en el pizarrón que marcaba lo cerca que estábamos de las vacaciones, y la manzana, roja como de cuento, que se encontraba sobre el escritorio de la profe Elisa.

Pero cuando mi ojo izquierdo se abría y el derecho se cerraba, veía todo lo contrario. Así iniciaba el recorrido donde todo se cargaba hacia la izquierda:

Los cabellos parados de Manuel que por tanta goma parecían alambre de púas, la pared negra por las lluvias de diciembre, el reloj que demostraba lo lejos que estábamos del recreo, lo descocido de mi suéter, el terrible mapa de Europa con todos los nombres imposibles de aprender, las espantosas tablas de multiplicar con su horripilante $8 \times 8 = 64$, la ceja levantada de la profe Elisa que reflejaba su enojo. ¡Chin! ¡La ceja levantada de la profe Elisa!

—Julián estoy hablándote, ¿por qué no me contestas? —dijo la profe Elisa.

Del puro susto mis ojos se abrieron al mismo tiempo, pues sabían que esa mirada fija no iba en broma. Sentí que un calor insopportable subía por mis mejillas y llegaba a la punta de mi cabeza. No sabía qué decir. Por estar jugando con mis descubrimiento no escuché que la profe tenía rato mencionando mi nombre.

—¿Estás burlándote de mí, Julián León González? —preguntó la maestra.

—No, profe... yo.... no, ¿qué hice? —dije con la voz entrecortada.

Mis compañeros comenzaron a burlarse de mí y tuve ganas de esconderme bajo el mesabanco. Ahora sí me iba a ir muy mal. La profe Elisa me castigó por no poner atención. No sólo me prohibió salir a recreo, sino que me dejó de tarea el quebrado más difícil que había visto en mi vida.

Al llegar a casa ni siquiera pude comer y eso que había enchiladas de queso. Me encerré en el cuarto, me tiré en el piso dispuesto a enfrentarme a los espeluznantes números, ya que no podía dormir, y percibí unas voces que me parecieron familiares. Eran las voces de unos viejos amigos que hablaban entre sí. Hacía mucho que no los escuchaba; recuerdo que cuando era pequeño platicaba con ellos por largas horas. Juntos construimos palacios que albergaban reyes y soldados, y realizamos grandes hazañas. Pero, poco a poco, me fui cansando de jugar a su lado... Escuché a Poncho, el oso polar, decirle a Sauria, la dinosauria, que debían ayudarme, pero ella contestó que no, ¡que no iba a mover un solo centímetro de su cola para auxiliarme!

—¡Hace mucho que no juega con nosotros! —refunfuñó Sauria—, si no fuera por su mamá, que de vez en cuando nos cambia de lugar, ya tendríamos nuestros peluches entumidos. Además, ¿ya te viste? —continuó Sauria—, eras blanco y ahora

estás gris, de tanto polvo. Antes por lo menos fingía que nos lavaba, pero ahora no.

¡Y yo no lo voy a ayudar! —gritó.

—Pero eso no es fundamental —dijo Poncho—, a mí no me importa haber cambiado de color. Ahora que lo pienso, ni me gustaba bañarme, además no estoy gris, sigo siendo blanco.

—Lo dices porque no te queda de otra —insistió Sauria.

—No Sauria, lo digo porque así es, después de todo es lógico que a Julián ya no le parezca tan divertido imaginar cosas con nosotros, ya creció y nosotros estamos viejos y usados, pero no dudo que todavía nos quiera, por eso creo que debemos ayudarlo.

—¡No, no, no y no! Poncho, yo no estoy vieja y no voy a auxiliarlo!

—Vamos Sauria, no seas rencorosa, para qué estamos los amigos, si no es para apoyarnos en las buenas y en las malas, no seas terca... por los viejos tiempos.

—¡Hum!, bueno, acepto, sólo lo voy a ayudar un poquito, pero, ¿cómo le vamos a hacer?

Poncho empezó a mecerse sobre su espalda, como solía hacerlo cuando, según él, estaba pensando, y después de un rato encontró la solución.

—Le podemos informar de la existencia de la Pintora de Sueños —dijo Poncho—, dicen que cuando ella pinta tus deseos éstos se hacen realidad, y tal vez pueda pintar a Julián dormido, y así él ya no volverá a sufrir de insomnio.

—Pero ¿dónde la vamos a encontrar? —preguntó Sauria.

—No lo sé —continuó Poncho—, hace mucho que no escucho hablar de ella, pero sé que sí existe. En la juguetería donde me compraron me enteré que varios compañeros juguetes le pedían deseos a la Pintora de Sueños. Mis amigos juguetes coincidían en el mismo deseo: que los comprara un niño bueno, para que los cuidara y tratara bien. Por eso creo que ya es tiempo de sacudirnos la polilla y lanzarnos a la aventura.

—Tienes razón —comentó Sauria emocionada—, debemos averiguar dónde se encuentra, porque si la localizamos, Julián se pondrá muy contento y quizás decida volver a jugar con nosotros.

Poncho y Sauria corrieron a buscarme. Estaba entusiasmado y les dije que me gustaba la idea de buscar a la Pintora de Sueños, pues si la encontraba, mi problema de insomnio quedaría resuelto. Ellos se sorprendieron de que yo supiera todo lo que habían discutido. Pero una duda me atormentaba: aún no sabía si para invocar a la Pintora tendría que recurrir a conjuros, hechizos, o llevar un gato muerto

al cementerio a medianoche. Lo que sí sabía es que tenía que encontrarla. Así que metí mi deseo a la mochila y emprendí el viaje con Poncho, el oso polar, y Sauria, la dinosauria.

Mi amada amiga estiró su lengua y me invitó a subir en ella. Yo no podía hacer otra cosa que confiar en lo que mis antiguos amigos decían. Así que me trepé a la lengua empeluchada y cerré los ojos.

II

LA ZONA DEL SILENCIO

Caminamos largo rato. Recorrimos no sé cuantos kilómetros y mis aliados tomaban turnos para cargarme. Unas veces viajaba en la cola de Sauria y otras en espalda peluda de Poncho. No sabíamos hacia donde nos dirigíamos. Muchas veces tuve que evitar que ellos se pelearan, pues no podían decidir cuál era el camino que debíamos seguir.

La noche comenzó a caer y acordamos detenernos para buscar algo de comer. Vimos unos árboles y pensamos que sería un lugar seguro para descansar, tal vez hasta podríamos dormir un poco. Yo no estaba seguro de poder lograrlo, mis ojos seguían abiertos como paraguas y el hambre estaba apoderándose de mi estómago. En ese momento me arrepentí de no haber probado el rico platillo que mamá me sirvió esa tarde. Avanzamos hacia los árboles y, al llegar, observé que detrás de ellos había una granja de fantásticas dimensiones: todo más grande de lo normal. Los tres saltamos de alegría al ver que abundaba la comida. Había de todo: manzanas, plátanos, mangos, melones, piñas, jitomates, zanahorias, aguacates y lechugas. Las frutas colgaban de los árboles como adornos navideños, las verduras estaban perfectamente plantadas, listas para comerse.

Mi mamá sería feliz en un lugar como este porque no se quebraría la cabeza pensando qué cocinar. Con una zanahoria así de grande, nos alimentaríamos una semana entera. Lo más pequeño eran las uvas, y eso que estaban del tamaño de mi cabeza. Mis compañeros de viaje armaron tal alboroto que parecía fiesta de cumpleaños. Corrimos a buscar la fruta que más nos agradaba. Miré a nuestro alrededor y en el lugar reinaba un silencio total. Todo estaba lleno de colores. Era la granja más fascinante que había visto, ni los libros de la escuela tenían dibujada una tan bonita. Entre los mangos, papayas, chayotes y sandías se reflejaba un rayito de sol que los iluminaba, el último de la tarde, antes de que la noche lo cubriera todo.

Estaba a punto de arrancar un mango cuando apareció ante mis grandes ojos una gallina de mi estatura. Salté lleno de espanto al igual que mis amigos. Vi cómo Poncho se relamió los bigotes y Sauria adoptó una posición de ataque, a la vez que tapaba a nuestro amigo peludo con su cola. Pero en vez de atacarnos, la gallina no se movió de su lugar y levantó el plumaje intentando agradarnos. Su reacción me

causó gracia y solté una carcajada, pero la gallina puso sus alas sobre mis labios para callarme. La gallina movía la boca y hacía malabares con sus alas. Trataba de decirme algo, pero por más atención que ponía no lograba entenderla. Su pico parecía dibujar frases inaudibles, porque la gallina era muda y punto.

Poncho, que hasta ese momento se había mantenido oculto bajo la cola de Sauria, asomó su cabezota de peluche y logró traducir lo que la gallina quería decirnos. La Gallina emitía cacareos mudos que se transformaban en palabras dibujadas volando por el aire, y que sólo Poncho podía descifrar. La gallina hizo un gesto exagerado y giró sobre sí misma varias veces. Sauria y yo volteamos a ver a Poncho con cara de signo de interrogación. Y Poncho nos dijo que la gallina se llamaba Gallina a Secas. Sí, así, Gallina a Secas. Y nos pedía que guardáramos silencio porque las Calabazas podían descubrirnos y cortarnos el pescuezo. Nos dijo, también, que la bella granja estaba custodiada por un gallo guardián al que le habían cosido el pico, y con tristeza nos platicó que unas lluvias intensas cayeron sobre el lugar, obligando a los dueños a abandonar la granja. Esto ocasionó que unas especies se mezclaran con otras. Todos pensaron que era el fin, pero no fue así. Cuando la lluvia se detuvo, las verduras, las frutas y los animales de la zona empezaron a crecer más de lo normal. Las Calabazas fueron las más afectadas, ya que multiplicaron cien veces su tamaño normal y, lejos de preocuparse, se alegraron, pues se convirtieron en las más hermosas verduras que jamás habían existido. Tanta era su belleza, que los que habitaban la granja se derretían por admirarlas, pero ellas no permitían que nadie se les acercara. Ya no querían compartir el espacio con las demás verduras y frutas, como tampoco soportaban tener a los animales cerca.

El amanecer era el peor momento del día porque cuando el gallo Tayo cantaba, ellas se despertaban malhumoradas gritando que necesitaban dormir en paz para lograr que su color verde olivo se mantuviera vivo y su complexión permaneciera robusta. El ruido les producía enojo, abandonaban su lugar y peleaban con medio mundo. Pisaban a las verduras más pequeñas, aplastaban a los animalitos más débiles y destrozaban lo que encontraban a su paso. Pero a Tayo no le importaba molestar a las Calabazas, porque su canto matutino era lo que más le interesaba en la vida; así que cuando el sol asomaba entre las nubes, el gallo Tayo cantaba con su ronco pecho.

Las Calabazas notaron que Tayo era un animal testarudo y que no se iban a deshacer de él fácilmente, por lo que decidieron planear una fiesta para limar asperezas con los habitantes de la granja. Finalmente, pedirían disculpas por su comportamiento y volverían a ser las Calabazas de antes. Toda la población participó en los preparativos, colgaron papel de colores sobre las ramas de los árboles, las luciérnagas se colocaron sobre los arbustos para alumbrar la zona, y la gran familia vistió sus mejores galas para la celebración.

Bailaron bajo la luz de las estrellas, jugaron unos con otros y comieron hierbas hasta reventar. El gallo Tayo, que estaba muy contento, de vez en cuando cantaba iluminado por las luciérnagas, y las

Calabazas rieron hasta el cansancio por las bromas que hacían los Pepinos. La diversión era tanta que, cuando se fueron a dormir, ya era de madrugada y los pies les dolían de tanto bailar.

A la mañana siguiente nadie se levantó a la hora acostumbrada. Todos esperaban que Tayo cantara anunciando que ya era hora de iniciar las labores del día. Pero nunca cantó y los habitantes de la granja pensaron que se había quedado dormido por la fiesta.

Una de las gallinas fue a despertarlo y se sorprendió al ver que el gallo no estaba en su lugar. Se había esfumado. Asustada informó a sus compañeras que el gallo Tayo había desaparecido e iniciaron la búsqueda. Aterrorizadas, decían que lo habían secuestrado, y que seguramente pedirían rescate, o que tal vez en el alboroto de la fiesta, había decidido convertirse en cantante de ópera y se había marchado sin despedirse de nadie.

Muchos eran los comentarios y varias las deducciones. Así que las gallinas detectives corrieron a alertar a todos sobre la desaparición del gallo y pidieron ayuda.

Lo buscaron en distintos lugares: debajo de las piedras, atrás de los morrales, arriba de los árboles, incluso llegaron a pensar que se había ahogado en el río que estaba detrás de la granja, o que quizás había muerto de indigestión por tanto que comió. Duraron horas llamándolo, pero no lo encontraron. Las Calabazas fueron las únicas que no participaron en la búsqueda y preocupación colectiva. No se movieron ni un solo milímetro de su sitio. Dijeron que seguramente Tayo había emigrado a otro gallinero. Las gallinas se enfurecieron tanto por el comentario que armaron un escándalo con su cacareo, y el ruido se volvió insopportable. Las Calabazas se retorcían en la tierra pidiendo que las gallinas se callaran, y fue tanto su malestar que terminaron confesando su delito.

En la noche de la fiesta, las Calabazas esperaron a que todos se durmieran y secuestraron a Tayo. Le cortaron su hermosa cresta, los espolones y le cosieron el pico. El pobre lloraba de dolor por su pérdida y ellas aprovecharon ese momento para hacerlo prometer que se convertiría en uno de sus aliados. Sólo haría lo que ellas le ordenaran y él, por miedo, no tuvo más remedio que aceptar. Una de las condiciones fue que no podría cantar, a menos que ellas se lo pidieran, o le coserían de nuevo su extraordinario pico.

Con tal de que las gallinas no hicieran más escándalo, las Calabazas soltaron al gallo, pero al liberarlo ya no era el mismo, había perdido su alegría, sus alas ya no disfrutaban el vuelo, y la galanura que lo caracterizaba lo abandonó para siempre. El maravilloso tenor dejó de cantar. Se convirtió en Tayo el Guardián del Silencio y sólo cantaba cuando alguien se atrevía a atentar contra la tranquilidad de sus nuevas amas: las Calabazas. Con su canto les avisaba cuando había peligro, y ellas, de manera apresurada, se salían de sus lugares para restablecer el orden. La granja entera vivía temerosa y en continua preocupación, pues ya eran varios los que habían perdido el pescuezo. Por eso cuando la Gallina a Secas advirtió nuestra presencia corrió a decirnos que corríamos peligro.

Sauria y yo estábamos completamente asustados. A ambos nos desagradaba la idea de perder el pescuezo, y Poncho, agotado por el esfuerzo que hizo al traducir a la Gallina a Secas, ni cuenta se dio del peligro que desataban sus palabras. Sauria y yo nos observábamos, y rogábamos al cielo que nadie nos descubriera. La Gallina a Secas no paraba de cacarear en silencio y nos observaba con sus ojos temerosos. Yo me repetía una y otra vez que debía encontrar a la Pintora de Sueños para que hiciera realidad mi deseo, pero cada vez era más difícil.

Todavía no decidíamos qué hacer, cuando varias frutas, animales y verduras comenzaron a rodearnos. Nadie hablaba, y si querían comunicarse debían imitar el mismo método de la Gallina a Secas: los que no hablaban a señas, lo hacían leyéndose los labios. Sauria me gritaba con los ojos, que nos habíamos equivocado de camino, y que debíamos salir corriendo, pero era demasiado tarde: nos habían descubierto. El Guardián del Silencio comenzó a cantar. Poncho entendió lo que sucedía y corrió de un lado a otro. Los demás hicimos lo mismo, y en nuestro afán de escapar nos empujábamos y tropezábamos unos con otros. Lo que minutos antes se llamaba la Zona del Silencio se convirtió en un alboroto general.

La Gallina a Secas sugirió que debíamos escondernos si queríamos conservar el pescuezo. Tomé a Sauria del brazo y ella aprisionó a Poncho con la cola antes de que se escapara con las borregas, pues sabía que a Poncho le atraían las criaturas peludas.

Corrimos hacia un árbol, para escondernos, pero las Calabazas ya estaban ahí. Nos rodearon, cerrándonos el camino, y a Poncho lo jalaron de una pata separándolo del dominio de Sauria. A mí me agarraron de las orejas y observé que las caras de las Cabezotas reflejaban un enojo superior al de la profe Elisa cuando alguno de mis compañeros y yo hacíamos una travesura en el salón.

Mi recorrido había sido en vano, pues si perdía el pescuezo, jamás iba a encontrar a la Pintora de Sueños para que me pintara dormido. Aunque, pensándolo bien, si perdía el pescuezo ya nada importaba.

Intentaron capturar a Sauria, pero yo la conocía bien, y estaba seguro de que ella lucharía hasta el final. Y así fue. Una a una, las Cabezotas fueron cayendo, atontadas por los cabezazos de Sauria, la dinosauria.

Sauria soltaba un golpe por aquí y otro por allá; primero liberó a Poncho, quien terminó con la panza llena de tierra, y por último me salvó a mí. Las Calabazas cayeron vencidas por la cola temeraria de Sauria, la dinosaurio, y le pidieron piedad por su color verde olivo. Aunque Sauria era muy fuerte, sabía que no podría controlar al resto de las Calabazas que ya se aproximaban. Así que decidí ponerme en guardia, pues no iba a dejar que unas simples verduras me asustaran. Poncho adivinó mis intenciones y se unió a la batalla. ¡Uno para todos y todos para uno! Cerré mis puños y esperé al enemigo, pero el enemigo nunca llegó, pues los habitantes habían unido sus fuerzas para luchar de nuestro lado. Todos

sabíamos que el punto débil de las Calabazas era el ruido y los gritos, y así fue como las atacamos. La Gallina a Secas se acercó cacareando de felicidad. Me sorprendió escuchar que la Gallina no era muda, pues con palabras me dijo que el momento de la independencia había llegado, y todo gracias a nosotros.

Con las Calabazas derrotadas, todo en la granja volvió a la normalidad, tanto los animales como las frutas y verduras, recuperaron su libertad de expresión, y nos invitaron a quedarnos el tiempo que quisiéramos. Agradecí su ofrecimiento y les dije que mis amigos y yo andábamos en busca de la Pintora de Sueños. Para mi sorpresa, la Gallina supo a qué me refería. Sin cacarear corrió hasta el gallinero y regresó con una luz que brotaba de sus plumas. Lo que escondía era un pedacito de luna que, según dijo, iluminaría nuestro camino para encontrar a la Pintora de Sueños. Tomé el trozo de luna en mis manos y reanudé el viaje junto a mis amigos. Comenzaba a amanecer cuando salimos de la granja y, a lo lejos, escuchamos el robusto canto del gallo Tayo que nos despedía.

III

ZICARET

Seguimos el caminito de luz que la luna proyectaba. Llevábamos ya varias horas caminando, cuando noté que el agujero de mi zapato ya estaba mucho más gran dé. Prácticamente había dejado de ser zapato desde muchos kilómetros atrás. Pensé en mis papás y en lo mucho que los extrañaba, a estas horas ya estarían inquietos, buscándome por todos lados. Me preocupaba que mi mamá buscara trabajo sin encontrarlo. Deseé con todas mis fuerzas poder ayudarla, pero no sabía cómo.

Después de darle muchas vueltas al asunto, llegué a la conclusión de que lo mejor era pedirle a la Pintora de Sueños que le dibujara un trabajo a mi mamá, o un mejor empleo a mi papá, en vez de pintarme dormido. Aunque también tenía la esperanza de que quisiera cumplirme los dos deseos, al saber que vencimos a las Calabazas.

A Poncho se le notaba el cansancio, pero Sauria no quería cargarlo en su cola, pues continuaba molesta porque Poncho trató de escaparse con las borregas en lugar de quedarse a su lado. Mis piernas ya no respondían y propuse que nos detuviéramos a buscándome por todos lados. Me preocupó que mi mamá buscara trabajo sin encontrar gusto la orilló a pelearse con esa parte de su cuerpo hasta quedarse dormida. Poncho se recostó, meciendo su espalda, y no paró hasta caer en un profundo sueño. Yo traté de descansar, pero, además de que el piso estaba duro, la historia se repitió: mis ojos continuaron abiertos de par en par y tenía mucho frío. Envidié la facilidad con la que mis amigos dormían en cualquier parte y me prometí no volver a dejarlos en el olvido.

Casi amanecía cuando vi que un viento azul volaba sobre mi cabeza. El lugar donde nos encontrábamos era inmenso y desolado. Estábamos cercados por montañas gigantescas, cubiertas de nieve, arrecifes y enormes rocas de hielo. Esperé lo peor. Me resistía a mirar al suelo, no quería aceptar que mi cama improvisada fuera un piso de hielo, pero a juzgar por lo fresco que se sentía, no podía ser otra cosa. Descubrí lo que temía, nos encontrábamos acostados sobre una enorme pista, bajo la cual había miles y miles de litros de agua.

Me quedé pegado al piso, pero no por lo congelado de éste, sino por el miedo que sentía; muchas veces mi papá intentó enseñarme a nadar, pero yo nunca quise.

No me quería mover, creí que con cualquier movimiento mal calculado el hielo se podía romper, y entonces caería al agua y nadie me encontraría jamás; ni siquiera la Pintora de Sueños podría pintar a otro niño igual que yo. Pretendí despertar a mis compañeros de viaje, pero la voz no salía por completo de mi garganta. Era como en los sueños cuando tienes pesadillas y un monstruo verde te persigue y quieres gritar, pero no puedes.

Voz no tenía, pero contaba con el aire, así que hice lo que sabía hacer muy bien.

Respiré profundo y chiflé con todas mis fuerzas, pero ni así despertaron. Si no hubiera sido por el sonido de mis dientes, que por el miedo chocaban constantemente, hubieran seguido dormidos.

Al despertar, el oso polar se levantó con la nariz escarchada por el hielo, pero lejos de sentir espanto, se llenó de alegría al ver que estaba rodeado de nieve. Al contrario de Poncho, Sauria gritó presa de pánico, no sólo se encontraba en un lugar completamente desconocido y desolado, sino que, al tratar de incorporarse, se percató que tenía la mejilla pegada al suelo, tiró con fuerza, pero fue inútil, estaba adherida al hielo como si le hubieran caído litros y litros de pegamento. Temíamos que Sauria quedara incrustada para siempre en ese lugar, y Poncho y yo decidimos ayudarla. Uno la jalaba para un lado y el otro, para el lado contrario, así estuvimos por varios minutos, pero notamos que lastimábamos mucho a Sauria. Al final, le pusimos un poco de nieve en el área afectada y fue así como despegamos su mejilla del hielo, salvándola de quedar congelada. Al salvar a nuestra amiga, me sentí como héroe de película y creo que Poncho se sintió mucho mejor, pues la idea de despegarla con nieve, fue de él.

El oso polar se sentía como en casa, saltaba, patinaba y bailaba sobre la superficie que nos sostenía, pero, aunque él no lo aceptaba, estábamos en peligro. Sauria y yo no podíamos movernos, la zona que pisábamos podía romperse en cualquier momento, sólo un paso en falso, sólo un paso mal calculado y podríamos morir ahogados. Estábamos solos en aquel lugar, pasarían días, tal vez años antes de que alguien pudiera encontrarnos. Poncho se alejó tanto, que quedó fuera de nuestra vista.

Pero ese no era el único problema, al parecer, el lugar se encontraba habitado por alguien más. Un ruido ensordecedor se extendió por todo el lugar, y una avalancha de nieve comenzó a descender

montañas abajo. Ahogué un grito de terror. Ante mis ojos temerosos se presentaba un arrecife de hielo en movimiento. Tenía brazos, piernas, cabeza y ojos, como si alguien hubiera pasado largas horas esculpiendo una pieza tan perfecta. Era la obra de arte más bonita que había conocido en mi vida, todo en él era bello y un color blanquiazul lo cubría por completo. Según mis cálculos el gigante mediría unos diez metros de puro hielo.

—¡Qué hacen ustedes aquí? —preguntó el arrecife, molesto.

Para mi sorpresa esa pieza gigante de arte en hielo no era nada amigable, pues tuve la impresión de que nos cerraba el paso.

—A ti que te importa! —le contestó Sauria en el mismo tono.

Cada vez que el gigante hablaba, o se movía, sus palabras caían sobre nosotros como una tormenta de nieve:

—¡Me importa porque
este es mi territorio!

¡Y nadie puede permanecer aquí a menos
que yo lo permita!

¡Aquí nada más
mando yo!

¡Les ordeno que se retiren de mis dominios
inmediatamente!

Su voz retumbaba en mis oídos y los pedazos de hielo se desplomaban a nuestro alrededor. Sauria, lejos de asustarse, reaccionó saltando sobre los obstáculos que le servían de plataforma para alcanzar la altura de Zicaret.

—No nos vamos a ir a ningún lado —balbuceó Sauria— hasta que no encontremos a alguien que nos muestre el paradero de la persona que buscamos.

Yo no sabía si era buena idea compartir con el gigante el objetivo de nuestro viaje, pero Sauria ya había abierto la boca. Así que no me quedó de otra, más que soltar toda la sopa. Sin demostrar miedo -aunque mis piernas temblaban- comencé a contarle mi problema a Zicaret, pero antes de terminar mi historia, él soltó una gigantesca carcajada de burla. Caminó con lentitud hacia mí y con una mano

Soy Zicaret, el amo de
estas tierras impregnadas de aire frío.

empujó las piedras de hielo que sostenían a Sauria, haciéndola caer de bruces. Sauria no se levantó, y pude ver como un chipote del tamaño de una pelota de pin pon se levantaba en su frente. Traté de correr a ayudarla, pero no pude, el gigante percibió mis intenciones y me cerró el paso. Sauria me gritó que escapara y que no me preocupara por ella. Cada vez que el gigante daba un paso hacia mí, yo retrocedía dos, y en ocasiones tres, pues trataba de alejarme lo más posible de su presencia. Poco a poco, sin darme cuenta llegué hasta donde estaba la nieve. Mis pies dejaron de resbalarse en el hielo y comenzaron a sumergirse en la pasta blanca haciendo mis pasos más lentos.

Conforme se me acercaba, Zicaret no apartaba su vista de mí. Con tristeza observé a Sauria tirada sobre el hielo, y temí que, por la caída, hubiera quedado fuera de la batalla. Miré a todos lados buscando a Poncho, pero no logré encontrarlo. Me parecía raro que tanto escándalo no lo hubiera puesto sobre aviso. El gigante de hielo me golpeó la cabeza con uno de sus dedos congelados y sentí como todo se nublaba. Él aprovechó la situación y me sujetó con sus manos. Empecé a sentir como mi cuerpo se entumecía por lo helado y mis dientes titiritaban de frío. Zicaret me pidió que le terminara de contar mi historia, pues hacía años que no escuchaba una anécdota tan divertida. Lleno de enojo por su burla, traté de soltarme de la prisión de sus manos, pero no lo logré. El gigante de hielo me apretaba cada vez más, a tal punto que sentí que me faltaba el aire. Noté que mi lucha sería inútil, así que no tuve otra opción que actuar como bufón para el congelado arrecife.

Le conté cómo inició mi problema de insomnio, pero como mis pies estaban a punto de convertirse en cubos de hielo, mi discurso fue breve. Zicaret reía a cántaros de nieve por mi historia, pero su risa se convirtió en enojo cuando mencioné a la Pintora de Sueños. Se molestó bastante y me sacudió con mucha fuerza. Yo empecé a gritar de miedo, sabía que en cualquier momento saldría volando por los aires como avión sin alas. Pero no fue así. El gigante no me dejó caer. Zicaret se alejó del lugar llevándome con él. Las pocas fuerzas que me quedaban las utilicé para llamar a Poncho, que no aparecía por ningún lado. Por donde pasaba Zicaret iba dejando huellas de nieve y pedacitos de hielo que caían de su cuerpo por el movimiento. Yo ya no sentía las piernas ni el estómago, mis brazos estaban escarchándose por lo helado de mi prisión. El lugar al que llegamos estaba rodeado por arrecifes de diferentes tamaños. Cuando estaba a punto de desmayarme, la estatua viviente me soltó sobre la superficie de hielo. Deduje que ese era el lugar al que Zicaret quería llegar, lo que no entendía era el por qué me había llevado hasta ahí.

Pero esa duda se borraría pronto, pues observé los arrecifes y vi que una niña se encontraba congelada dentro de uno de ellos. El gigante se dirigió hacia el arrecife donde estaba la niña, me miró y soltó una carcajada que inundó toda la zona. Sabía que él era peligroso, pero no imaginé a qué grado. Me dijo que ella era la Pintora de Sueños y que él la tenía congelada para que no envejeciera.

—Ahí tienes a tu Pintora de Sueños —vociferó el gigante—, lástima que no pueda pintar tu deseo, ¡porque es mía! Ella sólo pinta lo que yo le ordeno, por eso la tengo presa para que no escape. Hace tiempo, al igual que tú, la busqué para que dibujara mi porvenir, pues antes era un simple cubo de hielo en estas tierras, y todos los arrecifes se burlaban de mí, me pateaban y me obligaban a rodar de un lado para otro. Así que cuando escuché sobre la Pintora de Sueños me dediqué a buscarla, y cuando la encontré, le pedí que me pintara como una montaña para arrojar avalanchas de nieve y terminar con todos los que me trataban mal, pero se negó a pintarme como yo quería. Me dijo que mi deseo dañaría a los demás. Por más que le rogué, la Pintora no quiso escucharme y me pintó como un arrecife. Me mantuve callado y aparenté entusiasmo por mi nueva forma. La Pintora se había convertido en mi enemiga y eso no se iba a quedar así. Esperé a que ella se descuidara y cuando lo hizo, tomé uno de los pinceles y me dibujé a mí mismo mucho más grande que los demás arrecifes, y como toque final, me pinté la capacidad de congelar y destruir a quien me molestara. Antes existían más arrecifes de los que hay ahora, pero a algunos los he convertido en simples hilillos de agua que por el frío se evaporan, y a otros poco a poco los he ido desapareciendo. ¡Por eso congelé a la Pintora de Sueños! Para no perder mi poder, pero no la desaparezco porque tal vez me pueda pintar otro deseo en el futuro, y para eso se tiene que mantener joven.

Mientras Zicaret hablaba, la escarcha se volatilizaba entre mis ropas y mi cuerpo recuperaba su movimiento. Pero las palabras del gigante me entristecían. Mi viaje había sido en vano, estaba solo, ya había perdido a mis amigos, y mi sueño jamás sería pintado. Rescatar a la Pintora representaba vencer a Zicaret y eso no estaba dentro de mis posibilidades. A cualquier mínimo intento de ataque, el gigante sería capaz de convertirme en paleta de hielo.

Pero no todas las esperanzas estaban perdidas. Poncho vino siguiendo las huellas de nieve, y de ese modo nos encontró. Se había venido deslizando entre las montañas, y cuando se sentía descubierto por el enemigo, subía sus patas y se cubría la nariz -la única parte que no era blanca- para confundirse con la nieve. Por medio de señas me dijo que me estuviera quieto y fingiera seguir escuchando al gigante para que no lo delatara. Yo moría de ganas por saber cómo se encontraba Sauria pero no era el mejor momento para preguntarlo.

Zicaret bostezó de cansancio y me dijo que dormiría un rato mientras decidía qué hacer conmigo. Me ofreció dos opciones: hacerme su amigo o convertirme en su enemigo. Antes de dormir se burló de que yo no pudiera hacer lo mismo que él, y para que no escapara creó unos zapatos de hielo que congelaron mis pies.

Poncho esperó los ronquidos de Zicaret para acercarse a mí. Y para cubrirme del frío, me cobijó con su pelaje, me arrastró a un lugar más seguro para descongelar mis pies, y en forma de susurro me

dijo que Sauria estaba golpeada pero que viviría y que la única forma de vencer al gigante de hielo era con calor. Lo que Poncho proponía era casi imposible, pues no había muchas opciones para crearlo: el sol no estaba por ninguna parte, y la posibilidad de hacer una fogata para arrojar a Zicaret sobre ella, era poco probable, pues ni él ni yo sabíamos hacer fuego con dos palitos y tampoco contábamos con cerillos. Pero Poncho al que se refería era al calor humano que yo almacenaba en mi cuerpo. Sólo así podríamos vencer al gigante de corazón congelado.

Poco a poco me fui acercando a Zicaret y con mi mano le tomé el brazo izquierdo que -según sé- es el del corazón y lo abracé muy fuerte. Sentí pena porque tal vez lo único que Zicaret necesitaba era conocer la amistad verdadera. Así que le dije al oído que me gustaría ser su amigo, que quizás no me podría acompañar a casa, pero prometía ayudarlo si me necesitaba. Poncho aprovechó la situación y tomó la mano derecha de Zicaret y con ella apuntó hacia donde se encontraba congelada la Pintora de Sueños. Del dedo índice del gigante se desprendió un rayo que descongeló el arrecife que encarcelaba a la Pintora. Zicaret se despertó gruñendo, me gritó que yo era su enemigo e intentó incorporarse, pero mi calor ya había evaporado la mitad de su cuerpo. Salté de alegría al ver que por fin la Pintora de Sueños era libre y podría pintar mi deseo. Pero el gigante protestó al ver su lado izquierdo y le suplicó a la niña que le permitiera volver a su estado anterior. Pero ella no quiso.

Zicaret se enfureció: la bronca se armaría en grande. Un destello de hielo salió del dedo índice del gigantesco pedazo de escarcha y lo lanzó hacia nuestras cabezas. La Pintora de Sueños levantó su paleta de colores para cubrirnos, el gigante no la tomaría desprevenida. Detuvo el rayo y se lo regresó al arrecife en extinción. Una tormenta de nieve cubrió a Zicaret y lo convirtió en un hermoso pero inmóvil árbol de hielo azul. Los demás arrecifes, que hasta ese momento se habían mantenido quietos por el miedo, bailaron llenos de alegría.

La Pintora de Sueños nos agradeció que la hubiéramos salvado de permanecer congelada para toda la eternidad, y nos preguntó cuál era nuestro deseo. Poncho se lo pidió en secreto y, después de hacerlo, salió corriendo a traer a Sauria, la más valiente de los dinosaurios. Yo me quedé sin habla; había realizado el viaje para que me pintaran dormido, pero ahora ya no estaba seguro de desearlo. Ahora que estaba frente a ella se me antojaba pedirle muchas cosas, pero la Pintora me dijo que sólo me podía pintar un sueño.

Por mi mente pasaba la idea de que me pintara un cuadro que reflejará que mis papás siempre tendrían trabajo, o que me pintara dormido, o que me dibujara zapatos nuevos por siempre, o que borrarra la clase de matemáticas, o que me creara una casa más grande. Pero sólo podía pintarme uno, sólo uno. Sauria llegó con su chipote en la frente y la abracé tan fuerte que parecía que no la había visto en

años. Mientras yo decidía qué pedir, Sauria le comunicó su sueño a la Pintora, y al igual que Poncho, La niña tomó su lienzo, la paleta, sus pinceles y se dedicó a pintar los deseos.

Conforme ella pintaba, Poncho y Sauria se iban transformando. Poncho pidió convertirse en dinosaurio y Sauria le suplicó que la pintara como osa polar porque estaba enamorada de Poncho. Ninguno de los dos sabía lo que había pedido el otro. Así que cuando la Pintora terminó su cuadro, se dieron cuenta que Sauria ya no era dinosaurio, y Poncho ya había dejado de ser un oso polar. Sauria empezó a llorar, ella quería que Poncho la quisiera. Pero él la consoló y le dijo que siempre la había querido, que no le importaba su apariencia pues siempre estaría enamorado de ella.

Era mi turno y tenía que decidir cuál era mi ilusión. De todos mis deseos me había inclinado por dos: el poder dormir, y que mis papás tuvieran trabajo por siempre, pero se me hacía difícil escoger sólo uno.

La situación me incomodaba, por una parte, deseaba dormir, pero por la otra sabía que el origen de mi insomnio se debía a la mala condición económica que sufría mi familia. Después de mucho pensarla, decidí pedir el cuadro donde apareciera dormido. Los ojos de la Pintora reflejaron desilusión, pero, aun así, tomó sus herramientas de trabajo y comenzó su labor. Cuando terminó me mostró una pintura donde había una enorme luna llena rodeada de estrellas y yo me encontraba profundamente dormido sobre mi cama. Al ver mi pintura, quedé satisfecho, pues no volvería a sufrir de insomnio.

Al despedirnos de la Pintora de Sueños nos dijo que, si algún día la necesitábamos otra vez, la podíamos llamar con una palmada. Después de darle las gracias, nos dispusimos a emprender el camino a casa. Cuando llegamos, encontré a mi mamá sentada en una silla llorando, miré a todos lados y los muebles que decoraban la sala, cocina y comedor habían desaparecido. Mamá me contó que los habían recogido por falta de pago. Lo único que no se llevaron fue la silla y mi cama.

Caminé a mi cuarto y vi el colchón preparado para que yo durmiera. Comencé a llorar. ¡Había cometido un error! Poncho me consoló y con una palmada invocó a la Pintora de Sueños. Cuando ella apareció, le imploré que cambiara mi deseo, que borrara el cuadro anterior, pues ya no me importaba dormir. Le rogué que dibujara los muebles de mi casa y a mis papás con empleo. Ella dijo que sí, pero sólo cambiaría la pintura con una condición: A cambio del cuadro, yo aceptaría convertirme en el Perseguidor de Sueños. Mi misión sería cuidar los sueños de los niños y no permitir que tuvieran pesadillas mientras estuvieran dormidos.

Mi tarea iba a finalizar el día de mi cumpleaños número dieciséis. Si yo estaba de acuerdo con su propuesta, entonces ella cumpliría su parte del trato. No lo pensé dos veces y acepté. Sauria me pidió que lo pensara bien, pues lo que me ofrecía la Pintora era un tanto peligroso. Mi amiga tenía razón, no

todos los niños soñaban bonito, pues, en ocasiones cuando uno duerme, los sueños albergan terrores inimaginables. Pero no me importó, estaba dispuesto a aceptar y correr los riesgos.

La Pintora de Sueños me hizo el dibujo más bello que existía. No sólo pintó a mis papás con empleo. El cuadro reflejaba un mundo que no conocía la pobreza. Yo quedé maravillado con el resultado. A partir de ese día todos los papás tendrían trabajo y los zapatos rotos iban a desaparecer. Antes de irse, la Pintora me regaló unos cascabeles resplandecientes que me ayudarían a mantenerme alerta para prevenir cualquier peligro. Podría irme a dormir, pero mi trabajo empezaría si algún niño se encontraba en problemas.

IV

EPÍLOGO

Desde entonces soy el Perseguidor de Sueños, y cada vez que alguien me necesita corro a brindarle mi ayuda. Me esperan un sinfín de batallas y aventuras, y estoy dispuesto a enfrentarlas, pero no lo haré solo: Poncho y Sauria estarán conmigo.

Un sueño

JULIO CÉSAR PÉREZ CRUZ

Mis papás nos trajeron a esta colonia porque dicen que es segura para nosotros, para mí y para mi hermana. Ella se llama Karla, tiene trece años, cuatro y poquito más que yo, pero tiene dos piernas menos que yo, casi estamos en empate. Lo de lugar seguro creo que se equivocaron, pero está bien, quién iba a pensar que en la colonia existirían niños como los de la otra calle. Apenas hace una semana llenaron al Pecas de lodo, y hace tres, me tocó a mí, una lluvia de sopapos. No digo que nosotros, los de esta calle, no les hayamos hecho maldades, como cuando les ponchamos las llantas a sus bicicletas o como cuando los mojamos con la manguera, pero es que son de la otra calle y no podemos dejarnos.

Mi madre dice que no debo decirle a Karla que no tiene piernas, pero yo no encuentro nada de malo en eso. “Junior —dice mamá—, debes ser más comprensible con tu hermana, no ves que nació con un defecto físico”. Para mí, el único defecto que tiene mi hermana es que le gusta la sopa de cebolla; se sirve dos platos, tres si es de cebolla morada.

Mis padres la consienten más que a mí. A ella le dan clases en la casa, no tiene que ir a la escuela; le compran helado los sábados, cuando la llevan al doctor a las terapias y champurrado los domingos, cuando salimos de la iglesia. A mí nomás champurrado los domingos, porque casi nunca me llevan al doctor, y cuando me llevan lo que me compran son medicinas, y a veces, unos cacahuetes garapiñados o paletas de sabores, pero no nieve, que es lo que a mí me gusta. A Karla le compran nieve, pero estoy seguro que le gustaría más que le compraran un costal de cebollas para que le hicieran sopa todos los días.

Casi no me gustan los domingos, no tanto porque no me guste ir a la iglesia sino porque me llenan el cabello de vaselina y me ponen corbata. Luego, con el calor que hace, mientras el padre da la misa, la vaselina se me resbala y me deja chucatosa toda la cara y el cuello, además, la corbata me aprieta y casi no me deja hablar ni tragar saliva. Pero el problema viene cuando salimos: como afuera de la iglesia venden camote enmielado, dulces de cajeta y cocadas amarillas, el lugar está lleno de moscas y abejas. Al salir me tengo que andar cuidando porque siempre me persiguen, como si la vaselina les gustara. “Ay mijito —dice mamá—, si parece que tienes humor para las moscas”. Por eso el champurrado me lo



tengo que tomar arriba del carro mientras que Karla se lo toma abajo, junto con unos churros con azúcar. A veces me guardan dos o tres churros, pero cuando están fríos ya no saben igual, además, ya casi ni tienen azúcar y saben a masa fría. Yo quisiera comer abajo como todos los demás, pero mientras me sigan poniendo vaselina en el pelo me tendrá que conformar con mirarlos por el vidrio del carro.

A Karla le compraron una silla de ruedas eléctrica para que se pasee. Nomás aplasta un botón, mueve una palanquita roja y la silla camina para atrás y para adelante. Me ha dejado usar dos veces la silla y está casi tan acolchonada como el sillón de papá, sólo que el sillón no camina, pero sí tiembla. Karla nunca se ha subido al sillón, aunque yo sé que quisiera hacerlo. En eso también estamos empatados.

Un día, mamá y tía Roberta llevaron a Karla a un paseo, yo me quedé con papá en casa. Estuvimos viendo películas de terror y comiendo pizza hasta muy noche. No lavamos los platos bebimos refresco y leche del envase, sin usar vasos. Papá dejó que me fuera a la cama sin bañar y cuando le dije que quería dormir en la recámara de Karla no puso ningún pero, él se quedó viendo películas hasta tarde.

Esa noche me acosté en la cama de Karla; su almohada era más acolchonada que la mía; el colchón era más duro, como de piedra. Pensé en decirle a Papá que al otro día me dejara usar su sillón, para compensar. Seguro estaría de acuerdo con tal de que yo no le dijera a mamá que había roto dos de los platos que le regaló mi abuela.

Apenas me dormí comencé a soñar o ya estaba soñando antes de dormirme, y luego me desperté. Estaba en el patio de la casa sentado en la silla eléctrica tratando de alcanzar un durazno de los que cuelgan del árbol. Me levanté y lo alcancé, antes de morderlo me acordé de Karla. Aventé el durazno lejos. Me volví a sentar en la silla y me quité las piernas; después aventé la silla y quedé volando. Estuve nadando por el aire y comiendo duraznos, alcancé el más alto. Luego me dormí un rato, eran ya dos sueños.

Cuando desperté sentí hambre. Dice mi madre que cuando da hambre uno debe comer, porque si no, después le da a uno un dolor en la panza que sólo se cura con inyecciones. En el árbol de duraznos ya no quedaba ninguno.

En clase, la maestra nos había dicho que la tierra es redonda, entonces se me ocurrió que nomás tendría que moverla con las manos hasta que encontrara algo de comida, después la seguiría empujando hasta que diera la vuelta y regresara a casa. Puse las manos en el suelo y comencé a empujarla. Primero me moví despacio. Pasé por la casa del Pecas, por la ventana vi que estaba haciendo un casco de astronauta con cartón y engrudo. Después me moví más rápido, cuando iba por otras colonias encontré una pizzería, tomé dos rebanadas y me las comí de una mordida. Tomé más velocidad, pasé por el mar y como me dio sed recogí un poco de agua. Pasé por el campamento donde estaba Karla, la vi comiendo sopa de cebolla. A mamá y a tía Roberta las vi tomando el té y platicando. Seguí empujando, tomando más velocidad.

Cuando regresé a casa no pude detener al mundo y no me pareció importante hacerlo. Me quité las manos y las aventé lejos, junto con mis piernas y la silla. Así duré buen rato, volando mientras el mundo daba vueltas. Si tenía hambre nomás abría la boca y luego luego me caía algo a la boca; si tenía sed sólo volteaba hacia arriba y esperaba a que en algún lugar lloviera para tomar agua de lluvia. Cuando me sentía cansado cerraba los ojos y me ponía a soñar, y cuando despertaba seguía comiendo. Karla después de terminar su plato de sopa se quedó dormida; mamá le cuidaba el sueño y tía Roberta se daba un baño de tina. Luego de un tiempo me cansé y mejor quise despertar; me puse las manos, los pies y detuve el mundo.

Cuando mamá trajo a Karla nunca le conté mi sueño, pero estoy seguro que es el mismo que ella tiene todas las noches, cuando siente lo cómodo de la almohada. A veces le digo que me da miedo la oscuridad y le pido que me deje dormir con ella para así soñar los dos juntos y estar empates.

El ratón canguro y el mundo que se hunde

FRANCISCO JAVIER BONILLA

Un ratón canguro andaba por allí escarbando, cuando se le acercó una zorra hambrienta. Ésta le dijo al ratón canguro que se lo quería comer, porque tenía mucha hambre. El ratón canguro, ante tal anuncio, en lugar de ponerse a temblar, le dijo a la zorra:

—¡Estás local!, ¿cómo que me quieres comer?, ¿qué no sabes lo que estoy haciendo?

—No, yo no sé lo que estás haciendo y no me importa —respondió la zorra—, lo que sé es que tengo hambre.

El ratón canguro no se intimidó ante la zorra y su apetito feroz. La interrumpió:

—¿Qué no ves que estoy escarbando la tierra? —le contestó.

La zorra empezó a perder la paciencia ante la pregunta del pequeño roedor.

—Y qué, todos los ratones canguros escarban la tierra —dijo.

Entonces el ratón canguro —poniéndose muy serio—, le dijo a la zorra:

—¡Ah, qué zorra tan tonta!, tienes que acompañarme para que te digan qué es lo que estoy haciendo aquí.

El ratón canguro hizo que la zorra lo acompañara con la culebra, y después de hacerle una seña, le preguntó:

—¡Verdad que la tierra se está hundiendo?, ¿verdad que yo busco en la tierra el lugar por donde se está yendo?

La culebra asintió agregando:

—Es cierto, ¡pero el cóndor también lo sabe!

Luego el ratón canguro llevó a la zorra con el cóndor y le preguntó lo mismo. El cóndor respondió igual que la culebra y agregó:

—Es cierto, ¡pero la lagartija también lo sabe!



El ratón llevó a la zorra con la lagartija y le preguntó lo mismo. La lagartija respondió igual que la culebra y el águila, agregando:

—Es cierto, ¡pero el león también lo sabe!

El ratón canguro llevó a la zorra con el león, y éste respondió lo mismo que la culebra, el cóndor y la lagartija, agregando:

—Es cierto, ¡pero el tecolote también lo sabe!

El ratón canguro llevó a la zorra con el tecolote y éste respondió lo mismo que la culebra, que el cóndor, que la lagartija y que el león. Agregó:

—¡El mundo se está hundiendo!

La zorra se asustó mucho por lo que escuchó, y hasta le preguntó al tecolote:

—Si el mundo se está hundiendo, ¿para qué sirve el trabajo del ratón canguro?

El tecolote le respondió:

—Que el ratón canguro te lo diga —respondió el tecolote.

El ratón canguro se paró frente a la zorra viéndola a los ojos, sus miradas se cruzaron, la zorra retenía el aliento esperando lo que el ratón iba a decirle:

—La tierra se está hundiendo, excavo para ver por dónde se va la tierra, para avisarle a mis amigos, la culebra, al cóndor, la lagartija, al león y al tecolote, porque los que no sepan, se van a ir junto con la tierra.

La zorra se asustó mucho por lo que escuchó, con sus patas tomó al ratón apachurrándolo poco a poco.

—¡No seas malo, ratoncito, avísame a mí también, para no irme junto con la tierra que se está hundiendo! —le suplicó con una voz entrecortada.

—Claro que te voy a avisar, zorrita —le dijo y continuó diciendo el ratón—, pero déjame seguir la excavación para encontrar por dónde se hunde la tierra antes de que todo se vaya.

—Sí, ratoncito —respondió la zorra—, date prisa y encuentra por dónde está el hoyo.

La zorra soltó al ratoncito, quien apresuradamente se metió en su agujero para escapar por otro lado.



Aventuras en la mina de la muerte

(fragmento)

JUAN ANTONIO DiBELLA

1

Un cuento es como un dibujo que se traza con palabras en la hoja blanca de papel. Así que con palabras dibujaremos el cuento de cómo Agnes y Román emprendieron un imaginario viaje de aventuras en la mina de la muerte.

Empezaré por decirles que Román tiene diez años y medio de edad. Es bajito pero fuerte, no muy delgado, pero tampoco gordo, tiene los ojos y el pelo negro, y su signo zodiacal es Capricornio. Dicen que por eso es algo serio, de carácter ordenado, y que por las mañanas tiene aires de soñador, aunque por las tardes es todo lo contrario: le gusta ser alegre. Entre sus principales gustos, en primer lugar está la pasta de espagueti (de preferencia con albóndigas y mucha salsa de tomate). En segundo lugar, le siguen las papas fritas chatarra; y en tercero, casi a la par que los sándwiches de jamón con pura mostaza, el hielo raspado con jarabe de limón.

Román también adora los perros, no importa de qué raza, y además colecciona canicas, latas vacías, recortes de revistas ilustradas y algunas veces, sobre todo en época de lluvias, caracolas. Al igual que muchos otros niños de su edad, la diversión favorita de Román es ver películas de héroes en acción, documentales científicos y por supuesto caricaturas. En ocasiones lee cuentos, pero sus tres pasatiempos preferidos son escuchar música, aprender ajedrez por computadora y dibujar con sus amigos por las tardes después de terminar de hacer la tarea.

La hermana de Román se llama Sara, y es mayor por casi dos años. Es una niña inteligente, muy delgada, prudente y animosa, usa lentes para leer y hacer la tarea, aunque para jugar no los necesita. Le gusta la danza y dibuja casi tan bien como Román. A Sara no le gusta la pasta, de hecho ningún tipo de comida, para ella comer “es perder el tiempo”, hecho que vuelve locos a sus mayores, quienes se preocupan mucho por su estado físico y mental, aunque ella se siente más saludable que una san- día. Tulio se llama el primo menor de Román y de Sara. Es hijo único de la tía Amparo, y futbolista a morir. Cuando no juega pelota en el parque, al igual que sus queridos primos Tulio suele también dibujar y admirar

sus dibujos mientras merienda en la cocina pan tostado con crema de cacahuate, mermelada de fresa y leche fría.

Carlos es el vecino de Tulio y es otro buen dibujante. Futbolista no se diga: portero de posición y especialista en atajar penaltis. Él es hermano mayor de Agnes, una vivaracha niña de casi nueve años y quien, a decir de Román: “solamente se la pasa opinando y ni siquiera sabe dibujar”.

En una ocasión, después del horario de la escuela, cuando Román, Carlos, Sara y Tulio admiraban satisfechos un gran dibujo colectivo recién coloreado por ellos mismos sobre una enorme cartulina, los cuatro tomaron la decisión de formar un club de aventureros dibujantes.

No tenía el club ni un minuto de haberse formado cuando a Román, en su función de presidente, se le ocurrió la buena idea de que a partir de ese momento, los dibujos que cada miembro presentara se usarían como maquetas de juego para explorar en equipo usando la imaginación.

La idea fue aceptada por todos, y así sucedió que usando como base un dibujo creado por Tulio, un día jugaron a imaginar que se encontraban en un estadio subacuático de futbol. En esa ocasión, ataviados con aletas, gafas de buceo y una pelota de playa, todos participaron en el juego de la gran final entre las escuadras de La Atlántida (formada por Sara y Tulio) y los Langostinos Satánicos (integrada por Carlos y Román), equipo que resultó campeón mundial por marcador de cuatro goles submarinos a cero.

Otro día, el hermoso y colorido dibujo de la Selva Lacandona que Sara realizó para la clase de Ciencias Naturales fue la oportunidad para que el club se transportara a Chiapas, estado de la república mexicana cuya riqueza étnica y natural ella investigó tanto en libros como en páginas de internet. Aquella vez, en medio de plantas y animales exóticos, se imaginaron platicar con los pueblos originarios que viven ahí gente buena, culta, capaz, sabia, trabajadora y algo reservada, pero muy amistosa, de quienes conocieron varias de sus numerosas costumbres tradicionales, como comer tamales de mole, plantar maíz, cantar poemas y preparar atoles de fruta.

Fanático de la ciencia ficción y en especial de los objetos voladores no identificados, Carlos ofreció al club con uno de sus dibujos la oportunidad de viajar en cohete hasta Plutón, vía Saturno, lejanos planetas donde todos se divirtieron en grande imaginando que exploraban, con ayuda de la tecnología más avanzada, mundos desconocidos para toda la humanidad. Esa vez jugaron y jugaron hasta que la noche cayó sobre sus cuerpos rendidos, no sin antes librar una feroz batalla de almohadazos “todos contra todos”, juego cuyo escándalo provocó el áspero regaño de los mayores. La tía Amparo, arquitecta de profesión y por lo tanto excelente dibujante, obsequió al club en cierta ocasión el dibujo de una fabulosa ciudad donde a ella, según les confesó, le gustaría vivir. Era un dibujo fantasioso y lleno de detalles, con edificios y puentes, calles y esquinas, un laberinto vial y una fuente con cascada, placitas hermosas con

amplios espacios y escaleras que ascendían en espiral y desembocaban en frondosos jardines con juegos, rincones para esconderse y muchos caminitos.

Cuando el turno llegó de Román para presentar un dibujo, nadie quiso aceptarlo a la primera, ni siquiera Sara, quien por lo regular siempre admiró bastante las ideas artísticas de su hermano menor. El dibujo se titulaba “La mina de la muerte”.

—No me late —dijo Sara—, me parece absurdo y algo morboso.

Aquella severa crítica desencadenó la discusión grupal en torno al dibujo.

—Yo digo lo mismo. ¿Qué vamos a hacer perdidos en esa mina de la muerte, si ni siquiera sabemos cómo es una por dentro? —, preguntó Carlos, para quien una aventura sin naves espaciales no merecía su voto a favor.

Tulio, sin embargo, titubeó: no pensaba que la idea fuera tan mala, pero tampoco tan buena. Así que guardó silencio y no opinó.

Al sentirse rechazado en lo que parecía ser un verdadero complot en su contra, la mayor sorpresa para Román fue cuando Agnes, que no era miembro del club y se encontraba presente ahí de pura casualidad, dijo sin que nadie se lo preguntara:

—A mí me gustaría explorar la mina de la muerte, suena misterioso y muy emocionante.

Román se quedó mudo y al filo del coraje. ¿Quién invitó a Agnes y además quién le dijo que opinara? —pensó. Sin embargo, al mismo tiempo reconoció que Agnes fue la única que floreaba su propuesta de dibujo.

—Bueno, yo creo que sí podemos intentarlo —dijo Carlos, ya con su lápiz de color trazando modificaciones en el dibujo de Román—, pero tendremos que hacer algunos cambios por aquí y otras mejoras por acá, agregar una nave con batería de litio y por supuesto algunos monstruos.

—Entonces yo también pienso que sí —dijo Tulio, inclinando la votación a favor del dibujo de Román.

—De acuerdo —aceptó Sara, haciendo la votación unánime—, pero también voto porque Agnes se integre al club, así tendremos más diversidad de género con dos mujeres y tres hombres.

Agnes —consideró Román en sus adentros—, no podía ser miembro del club por una simple razón: era pésima para dibujar. ¿Cómo entonces aceptar así nomás que tomara parte del juego? Por otro lado, era seguro que sin el comentario favorable de la niña su dibujo no hubiera sido aceptado por los demás.

Incómodo en medio de aquel dilema que le hacía sentir ronchas de molestia en su orgullo, Román fue presa de la duda. Cuando quiso abrir la boca para justificar su negativa fue demasiado tarde, la

decisión ya estaba tomada: Agnes sería la quinta integrante del club, y por lo tanto jugaría con sus nuevos compañeros a explorar la mina de la muerte.

2

Dibujar no es tan fácil como parece, pero tan poco tan difícil: consigues una buena hoja, una cartulina, afilas la punta del lápiz, preparas el bolígrafo, acomodas los colores en la mesa, te sientas y comienzas a crear las primeras líneas rectas y curvas que vas hilando y conectando hasta que las formas aparecen solitas y por arte de magia frente a ti. Entonces viene lo bueno, porque depende del dibujante decidir qué rumbo tomar, y con base en esa dirección obtener resultados finales de buena o mejor calidad. Dicen que los artistas sobresalientes son aquellos que saben aprovechar con alegría y valor este decisivo momento.

La ventaja de pertenecer a un club de aventureros dibujantes –pensó Román, mientras pulía con esmero las puntas de sus colores– es que cualquiera de sus integrantes puede agregar a la cartulina algún pormenor faltante sin ningún problema. Eso permite que las posibilidades de imaginar sean todavía más ricas, y por consecuencia el juego más divertido e interesante.

Por ejemplo, entre otras cosas, al dibujo de la mina de la muerte le faltaba contar con un buen camino de acceso. Ese detalle lo resolvió Carlos, quien dibujó una moderna autopista, con subidas y bajas, túneles y curvas en forma de ocho que formaban intrépidas vialidades. Él mismo aprovechó para agregar una nave todo terreno equipada con palancas, botones, sistema de video y una capacidad muy favorable para acomodar de cinco a siete pasajeros.

Sara, experta en paisajes naturales, agregó algunas montañas y nubes en el fondo, y hasta un pequeño bosque de pinos con un modesto arroyuelo.

Tulio, siempre tan previsor, agregó por ahí hasta una fuente de sodas “por si a medio camino les daba sed”.

La tía Amparo les sugirió agregar algunas vistas aéreas, a manera de mapas, y que además incluyeran diversos tipos de máquinas de excavación y grúas extractoras. De eso se encargó Román, quien era bueno para dibujar estructuras mecánicas.

Cuando pensaron que el dibujo estaba ya completo para comenzar la aventura, Agnes metió de nuevo su cuchara:

–Un momento –dijo–, se les olvida agregar algo que puede ser muy importante para el éxito de nuestra misión.

“Qué enfadosa” –pensó Román. Sin embargo puso atención con disimulo, quizá podía tratarse de algo ridículo para oponerse a ello.

—Se supone que los gases que se producen en las minas son asfixiantes y venenosos para la salud —dijo Agnes, con un cierto tonillo de experta, cosa que ofuscó a Román visiblemente.

Sin embargo, era cierto. Recordó Román entonces la noticia de una reciente tragedia de mineros que había escuchado comentar a la tía Amparo algunos días antes, y en donde 65 trabajadores murieron, algunos sepultados por la tierra y otros quizá asfixiados por los gases venenosos y la falta de oxígeno.

—¡Máscaras! —exclamó Tulio—. ¡Necesitamos máscaras respiratorias!

Carlos dibujó de inmediato un remolque para conectar a la nave madre, mismo que llenó con máscaras respiratorias así como otros extraños aparejos: tubos, tanques, baterías, carátulas, controles, mochilas, radios, cables, cascos y aparatos electrónicos de todo tipo que ni él mismo supo explicar para qué propósito específico servirían.

—Ahora sí —dijo Sara, presentando de manera oficial la obra concluida a la vista de todos los colaboradores—, gracias a Agnes estamos más que listos para comenzar nuestra nueva aventura.

—Sí —dijo Román, dos rayitas menos que contento.

3

Cada dibujo es un juego, y cada juego es una aventura. Ésta se inicia sin que nadie lo note o decida, desde el momento mismo en que las ideas a galope de los jugadores comienzan a inundar la estancia sin adultos. La línea entre lo real y lo ficticio se borra entonces, e igual que en una historia fantástica, dentro del juego se adentran los jugadores, hasta ya no saber ni distinguir lo que es invento, ilusión o mera verdad.

Carlos jaló la palanca del freno y todos se sacudieron en sus sitios dentro de la nave como cuando el chofer del autobús hace una parada repentina.

—No desabrochen aún sus cinturones —indicó con autoridad de piloto—, esperen a que se desplieguen las escaleras mecánicas, también activaré las válvulas de seguridad de los retrocohetes, no olviden que la última vez hubo fugas y por poquito se nos incendia todo.

Haciendo gala de teatralidad y con exagerada cautela Tulio descendió primero. Con sus audífonos estereofónicos y gafas especiales de sondeo nocturno él era el guía: los ojos y los oídos del grupo explorador.

—Avancen por aquí —indicó—, pero traten de no separarse mucho. Parece que por allá se escuchan unos ruidos extraños. Según el mapa, es muy posible que la mina de la muerte se encuentre muy cerca de aquí. Aunque aún no veo nada raro.

Agnes y Sara iban enfrente de Román. Se movían despacio y miraban a su alrededor, como si presintieran que un peligro pudiera salirles al paso. Carlos se unió a la caravana después de apagar los motores

y desenrollar las mangueras de suministro. Todos portaban radio, pero sólo él y Román iban armados con dardos de hule espuma y serpentinas atómicas para la defensa en caso de un ataque no previsto.

—Hagamos un alto para consultar la brújula —sugirió Tulio—, no vayamos a caer en un pozo de silencio infestado de pulpo-drones. Carlos dibujó como veinte, ¿recuerdan?

Haciendo caso de la advertencia, Carlos introdujo una contraseña invisible en la palma de su mano para conectarse con la nave y tratar así de eludir algún tipo de problema por falta de una buena geo-localización.

—Bueno..., sí..., llamando al GPS..., llamando a la brújula de la nave..., envíenos por favor un reporte gráfico en 3-D..., necesitamos saber cuánto antes las coordenadas de nuestra posición para no caer en algún pozo de silencio.

—¿Y qué pasa si caemos en un pozo de silencio?—, preguntó Agnes, con notorio interés.

—No sé, pero es muy peligroso, —respondió Román a secas—, así que no tratemos de averiguarlo. Sigan atentas y no se desvíen de la ruta.

La explicación de Sara fue más ilustradora:

—De acuerdo con los estudios científicos que realizamos en el laboratorio de la base, un pozo de silencio puede ser muy peligroso. Si todos caemos en uno sería imposible comunicarnos con el control automático de la motonave para que nos venga a rescatar en caso de emergencia.

Como medida de seguridad el grupo acordó mantenerse en una fila recta detrás de Tulio, quien con sus gafas especiales era el único que podía ver los pozos de silencio y avisar a los otros para que no cayeran en ellos. Así, cuando Tulio detectaba un pozo a la izquierda, todos se movían un paso a la derecha. Lo mismo para el otro lado: cuando Tulio detectaba un pozo a la derecha, todos se movían un paso a la izquierda, y así sucesivamente. Avanzaban con lentitud, zigzagueantes pero seguros de hacer lo indicado para evitar contratiempos y no arriesgar su pellejo. Román se percató que Agnes inclinaba su cuerpo, apartándose ligeramente de la fila, como si lo hiciera a propósito, o más bien un imán poderoso la atrajera. No pasó mucho tiempo para que los ojos desorbitados y las mejillas infladas de Agnes le indicaran a Román que la niña había caído en un pozo de silencio.

—¡Alto! —exclamó Sara—, detengan el avance, código rojo..., código rojo! Román tomó con firmeza la cintura de su hermana para impedir que ella también se fuera flotando hacia el vacío de aquel pozo. Agnes, sin embargo, soltó la mano de Sara y se dejó ir. Incapacitada para emitir sonido alguno, todos vieron con asombro cómo Agnes trataba de pedir auxilio con silenciosa desesperación, al mismo tiempo que su cuerpo se iba flotando a la deriva hacia lo desconocido de aquella muda y sorda profundidad.

Un segundo después el rostro de Agnes se descompuso en un gesto cercano al terror. Trató de comunicar algo mediante gesticulaciones, pero sin palabras lo único claro fue que nadie le entendió. Señaló con una mano justo arriba de su cabeza, como si algo le atacara o estuviera a punto de hacerlo.

—No inventes —dijo Carlos, con inoportuna ironía—, ¿a poco quiere que le hagamos piojito?

Al darse cuenta de que sus compañeros no podían percibir con sus ojos desnudos la amenaza invisible que caía sobre ella, Agnes formó un “doble cero” con las manos, luego pégó éstas a su rostro para simular unas gafas. Sara entendió de inmediato y arrebató a Tulio las suyas.

—¡Atención, retaguardia! —exclamó entonces—, preparen, apunten y hagan fuego de inmediato, un pulpo-dron está a punto de pixelar la cabeza de Agnes!

Carlos y Román se voltearon a ver y sin mediar palabra entre ellos se dispusieron a actuar en perfecta coordinación: Carlos tiraría un dardo, Román una serpentina. Y a la una-dos-tres dispararon al mismo tiempo.

—Dieron en el blanco con un solo tiro! —exclamó Tulio—. ¡Excelente puntería, compañeros, muy bien!

Sara aprovechó para arrojar una cuerda salvavidas a Agnes, quien no logró atraparla sino hasta después de varios intentos. Jalaron la soga entre los tres, mientras que Tulio cuidaba que nadie más resbalara hacia el pozo de silencio. Cuando Agnes estuvo a su alcance, Sara la cogió del brazo y la extrajo por fin fuera del peligro. Sana y salva, Agnes se colocó en cuclillas para recuperarse. Carlos sacó la cantimplora y ofreció a su hermana algo de jugo para mitigar el susto.

Román no pudo ni quiso ocultar su fuerte molestia después del episodio. Convocó de inmediato a una junta de emergencia para reagruparse y poner en claro las reglas internas de disciplina. Siendo la más importante de ellas —explicó—, no poner en riesgo con actos irresponsables la seguridad del grupo.

Agnes protestó:

—Pues arriesgarnos es parte del juego. Sólo a ti te parece divertido que sigamos las instrucciones como si fuéramos robots de tu pertenencia.

La fricción de la escena sacaba chispas, se hizo entonces muy evidente que Agnes y Román no se llevaban para nada bien.

—No empecemos a pelear, somos un equipo —intervino Sara, tratando de ventilar las emociones de aquel viciado ambiente.

Y en eso estaban cuando el teléfono sonó. Era la mamá de Agnes, buscaba a sus hijos para merendar. Tulio también tuvo que irse, la tía Amparo lo esperaba porque tenían repaso de inglés. Sara y Román se miraron con desilusión, hubieran querido proseguir con la prometedora aventura.

Antes de separarse, el grupo acordó reunirse a la misma hora el día siguiente, que era sábado, para continuar el avance exploratorio hacia su escalofriante destino: la mina de la muerte.



El último mamut

(fragmento)

ALFREDO ORTEGA TRILLO

I

UNA LLAMADA DE ALARIDO

Carpicio y Deodeo. Sí, tenían nombres muy feos, y estaban en el salón 131.

Era Carpicio largo y estirado como una espada. Le gustaba imaginar historias increíbles, buscarle a las nubes figuras de animales y resolver adivinanzas como ésta, que la profesora Amy un día les leyó:

Para ser más ELE...GANTE

no usa guante ni chaqué

solo cambia en un instante

por una “efe” la “ge”

“Ele...gante... ¡ELE...FANTE!”, gritó Carpicio desde su asiento.

Deodeo era bajo y redondo como un balón. Iba por la vida con los pies más pegados a la tierra y no se elevaba tan fácilmente por los cielos de la fantasía. Lo suyo eran las tablas de multiplicar, que se sabía al derecho y al revés, y hacer dibujos de perros con su lápiz 2B.

Carpicio y Deodeo eran muy distintos, pero algo tenían en común, y era que cuando jugaban básquetbol su equipo siempre perdía, como si a través de ellos obrara una extraña maldición. Al poco tiempo nadie los quiso en sus equipos, y en los recreos Carpicio y Deodeo acabaron platicando y haciéndose mejores amigos.

Un buen día en el recreo los dos mejores amigos atravesaron las canchas de básquetbol sorteando pelotazos mientras pateaban un vasito de papel, y llegaron hasta la última cancha, a donde nadie iba a jugar, y junto a la que había quedado abandonada una retroexcavadora por causa de un tornillo roto. Sentados a la sombra de este armatoste, Deodeo sacó su lápiz 2B y se puso a dibujar un perro en su cuaderno. Carpicio, por su parte, seguía con la mirada la figura de una nube en el cielo: cuatro patas tenía y una trompa.

—Me gustaría que un día nos ocurriera algo extraordinario —dijo Carpicio.

Es verdad que para entonces ya existían personajes de cuento mucho más famosos que Carpicio y Deodeo, que habían visto dragones que vuelan, molinos convertidos en gigantes y espejos por los que entraron a otros mundos; pero lo que Carpicio estaba a punto de oír al agacharse para abrochar las agujetas de un zapato iba a asegurarles a los dos mejores amigos un lugar muy merecido en el mundo de los cuentos.

—¡Dime que no estoy loco! —exclamó Carpicio, que se había tirado al piso, como abrazando al mundo.

—Lo estás —dijo Deodeo, concentrado en su dibujo.

—¡Pero, oye esto, hermano! —clamó Carpicio.

—Loco de remate —remarcó Deodeo; pero dejó lo que hacía por seguirle la corriente a su mejor amigo y aplicó la oreja al suelo.

—¡¿Guaaat?! —exclamó.

En efecto, unos ruidos extraños salían de allá abajo.

—¡Hay que ayudarlo! —exclamó Carpicio.

—¿Ayudarlo a quién?

—¡Al último mamut del Pleistoceno!

Deodeo que, si bien había creído oír algún ruido en el suelo, tampoco es que lo atribuyera a los barritos de un mamut, pero halló más divertido el entusiasmo de su amigo que el dibujo de su perro y se volcó a la original aventura de barrer el piso con las orejas. Mas, no bien se cansó de andarse arrastrándose en el suelo se puso de pie:

—Esto no puede ser —dijo, poniéndose serio—. No es posible, tenemos que estar soñando.

Pero Carpicio no iba a renunciar tan fácilmente a una aventura tan extraordinaria como la que se les presentaba y lo encaró con esta lógica fulminante:

—No podemos estar soñando los dos lo mismo —Lo pellizcó en un brazo.

—¡Ay! —exclamó Deodeo.

Deodeo le reviró el pellizco en el momento en que sonaba el timbre para volver a clase.

—¡Ay! —exclamó Carpicio—. ¿Lo ves? No estamos soñando.

La profesora Amy movía los labios. Carpicio no la oía porque aún retumbaban en sus orejas negras de barrer el suelo los barritos del último mamut del Pleistoceno; y cuando comenzó a oírla, les hablaba de los antiguos pobladores kiliwa, kumiai, pai-pai y cucapá de la península de Baja California, cuya dieta, seguía diciendo ella, se basaba en bellotas, conejos y venados. Aquí fue cuando Carpicio alzó la mano:

—Y, ¡mamuts! —agregó a la lista.

Los niños del salón se rieron y la maestra intervino:

—Bueno, sí, Carpicio —dijo ella— hace diez mil años, cuando la última glaciación y casi todo el planeta estaba cubierto de hielo, los hombres de la prehistoria cazaban mamuts con lanzas y flechas hasta que los extinguieron.

Carpicio volvió a alzar la mano y la maestra se mordió el labio inferior:

—No se extinguieron todos —dijo Carpicio.

Otra explosión de risas sacudió el salón 131 y Deodeo soltó su lápiz 2B, convencido de que su amigo se había vuelto loco.

Sonó el timbre del segundo recreo y Carpicio y Deodeo atravesaron las canchas de básquetbol esquivando pelotazos. Llegaron hasta la retroexcavadora abandonada. Deodeo no se creía la historia del último mamut, pero le divertía la idea. Esta vez habían llevado lápices, tijeras y reglas para romper el piso, pero de nada les sirvieron aquellas herramientas: los lápices se rompieron, las tijeras se achataron, las reglas se hicieron añicos. Tras el fracaso de su empresa, llegaron arrastrando los pies hasta la tiendita.

—¡Ya sé dónde se escondió tu mamut! —dijo Deodeo, y pidió uno en el mostrador.

Los Mamuts de galleta recubierta de chocolate eran la perdición de Deodeo, y el redondo glotón sacó la golosina de su envoltura y la acometió con una violenta dentellada, como si se tratase de una pata de mamut asada.

Carpicio bajó la cabeza, se metió las manos en los bolsillos y suspiró:

—Quizás debamos resignarnos a una infancia de pelotas y videojuegos —dijo.



Coyote, el mito

JUANA RÍOS AIZÚ

Coyote saltaba con alegría, a través de las montañas, bajo la luna. Espiaba las cacerías de los yaqui, hambriento y aterido por las laderas de la serranía. Aullaba al cielo de los pai pai, errante por los chaparrales de la península de la California. Corría por los bosques de los maidu, sediento del agua del lago de la vida eterna. Llevaba mensajes del país de los selish, perdido en las regiones bajo la tierra. Comía las siembras de los navajo, feliz de ahuyentar a los espantapájaros. Danzaba como loco entre los mexica, viejo y eterno por las fiestas del mundo.

Coyote se paraba sobre sus patas delanteras y con la cola formaba signos de groserías; y se reía. Se alargaba las orejas con plumas de cuervo y se fingía un diablillo para asustar a los niños; y se reía. Robaba los venados que se asaban sobre las hogueras y tragaba y tragaba hasta que le dolía la barriga; y se reía. Se burlaba de los defectos de los hombres y veía sus propios defectos; y se reía. Delirante del temor que causaba en las otras criaturas, se mofaba irreverente de la pena y el desconcierto que ocasionaba. Todo lo veía y se reía.

Coyote cruel, trámoso, alucinado, se agitaba en el baile de los problemas de los hombres, les embriagaba el sueño con sus pecados y, haciéndolos danzar con la muerte, se reía. Negro de humor, abarcaba la noche. Con su aullido enervante silenciaba las cosas que no estaban dormidas; dueño del miedo, crecido en su poder, él se reía...

Referencias

“Aventuras en la mina de la muerte” (fragmento) de Juan Antonio Di Bella. Tomado de *Aventuras en la mina de la Muerte*, obra ganadora del Premio Estatal de Literatura 2020 en cuento para niños.

“Caonabi” de Juan Carlos Rea. Tomado de *Cuentos, mitos y mitotes (para chicos y grandotes)*, obra ganadora del Premio Estatal de Literatura 1994 en cuento para niños.

“Coyote, el mito” de Juana Ríos Aizú. Tomado de *De coyotes*, obra ganadora del Premio Estatal de Literatura 2006 en cuento para niños.

“El flojo y los cacahuetes”, de Juana Ríos Aizú. Tomado de *Cuando el mundo se gobernaba de otra manera*, obra ganadora del Premio Estatal de Literatura 2000 en cuento para niños.

“El perseguidor de sueños” de Esmeralda Ceballos. Tomado de *El perseguidor de sueños*, obra ganadora del Premio Estatal de Literatura 2008 en cuento para niños.

“El ratón canguro y el mundo que se hunde” de Francisco Javier Bonilla Vázquez. Tomado de *El león, el coyote y el cimarrón*, obra ganadora del Premio Estatal de Literatura 2012 en cuento para niños.

“El último mamut” (fragmento) de Alfredo Ortega Trillo. Tomado de *El último mamut*, obra ganadora del Premio Estatal de Literatura 2024 en cuento para niñas y niños.

“El tesoro de Churomo” de David Monay Quirarte. Tomado de *El tesoro de Churomo*, obra ganadora del Premio Estatal de Literatura 1990 en cuento infantil.

“Un sueño” de Julio César Pérez Cruz. Tomado de *La calle de Junior*, obra ganadora del Premio Estatal de Literatura 2010 en cuento para niños.

“Terror en la oscuridad” de Elba Cortez Villapudua. Tomado de *Terror en la oscuridad*, obra ganadora del Premio Estatal de Literatura 2004 en cuento para niños.

Índice

Prólogo	7
<i>Caonabí</i>	11
JUAN CARLOS REA	
<i>El tesoro de Churomo</i>	13
DAVID MONAY QUIRARTE	
<i>El flojo y los cacahuates</i>	19
JUANA RÍOS AIZÚ	
<i>Terror en la oscuridad</i>	23
ELBA CORTEZ VILLAPUDUA	
<i>El perseguidor de sueños</i>	47
ESMERALDA CEBALLOS	
<i>Un sueño</i>	63
JULIO CÉSAR PÉREZ CRUZ	
<i>El ratón canguro y el mundo que se hunde</i>	67
FRANCISCO JAVIER BONILLA	
<i>Aventuras en la mina de la muerte (fragmento)</i>	71
JUAN ANTONIO DiBELLA	
<i>El último mamut (fragmento)</i>	79
ALFREDO ORTEGA TRILLO	
<i>Coyote, el mito</i>	83
JUANA RÍOS AIZÚ	
REFERENCIAS	85

Criaturas del Sol. Relatos para abrir los ojos al mundo reúne diez textos seleccionados entre todas las obras ganadoras de los Premios Estatales de Literatura en Baja California, de 1990 a 2024, en la categoría de cuento para niñas y niños. Algunos de estos relatos, antes dispersos o ya inaccesibles por el paso del tiempo, recuperan aquí un merecido lugar, acercando a las nuevas generaciones historias entrañables y el imaginario lúdico de obras premiadas a lo largo de casi cuatro décadas.

Sobre la riqueza y diversidad de esta obra literaria, la antologadora Liliana Lanz Vallejo señala en su prólogo: “en esta antología se traza una cartografía literaria de este estado del norte: un mapa imaginario de voces, genealogías, paisajes, inquietudes. Leerla es recorrer la historia de nuestra imaginación colectiva. Es descubrir cómo han cambiado los temas y los tonos con el paso de los años, pero también cómo la creencia de que las palabras pueden transformar la realidad permanece.”



BAJA
CALIFORNIA
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA

Secretaría de Cultura
Instituto de Servicios Culturales
de Baja California